

Los vecinos mueren en las novelas, SERGIO AGUIRRE

E D I T O R I A L norma

Trigésima reimpresión: febrero de 2011

Esta obra se terminó de imprimir en febrero de 2011,
en los talleres de Primera Clase Impresores, California 1251,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Argentina.

“¿Una ficción?
Vamos, no seré yo quien crea eso.”
Claude Seignolle \Pobre Sonia

VISITA DESPUÉS DE UNA TORMENTA

Cada vez que se mudaba de casa, John Bland tenía la costumbre de presentarse a sus vecinos. Así lo habían hecho siempre sus padres, y le parecía que si no realizaba esa visita de cortesía, algo faltaba para terminar de establecerse en su nuevo hogar. Aun en Londres, cuando después de casarse con Anne arrendaron el pequeño departamento en Halsey St, no dejó de intentarlo entre los indiferentes habitantes del edificio donde vivieron sus primeros años de matrimonio.

Sabía que cuando se mudasen al campo, en las afueras de Chipping Campden, su pequeña tarea de relaciones públicas sería muy breve, porque sólo tenían un vecino: la anciana que vio en el jardín de la única casa cercana, la tarde que pasaron por allí con el empleado de la inmobiliaria. Pensaba visitarla algunos días después de acomodarse, pero no sucedió así. Habían llegado hacía un par de horas cuando John se encontraba en los fondos de la casa. Una fuerte tormenta, entre otros desmanes había arrojado la rama de un árbol sobre la casilla del jardín. John trataba de removerla cuando vio a Anne salir de la casa. En su expresión advirtió que algo había sucedido:

-Es papá, acaba de llamar, él... no durmió bien. No me gustó el tono de su voz, yo... lo siento. Realmente lo siento John, pero necesito ir a verlo.

John no disimuló su fastidio. No había escuchado el teléfono, y esto lo tomaba de sorpresa:

-Pero Anne, ni siquiera hemos abierto las cajas de la mudanza...

-Lo siento -repitió ella, y bajando la cabeza dio media vuelta en dirección a la casa.

John la siguió con la mirada hasta que desapareció por la puerta de la cocina y, por lo bajo, lanzó una

maldición. No había pensado en el teléfono. Tampoco podía imaginar que él la llamaría tan pronto, el mismo día de la mudanza. Arrastró la rama unos metros y se detuvo. De repente se sentía desanimado. Como en Londres, bastaba una llamada para que Anne saliera corriendo. La enfermedad de su suegro, que había enviudado hacía pocos años, y el hecho de que ella fuese su única hija, eran perfectas razones para que su mujer pasara cada vez más noches fuera de la casa. Y por lo visto, vivir

en el campo no iba a cambiar las cosas. Ella volvió al rato. Caminaba lentamente, cuidando que la tierra aún húmeda no se pegara en sus zapatos. También se había cambiado la falda, y ahora llevaba rouge en los labios. John la miró. A veces, cuando quería, Anne podía ser realmente hermosa:

-Bueno, me voy. ¿Necesitas algo de Londres?

-No, nada, gracias. ¡Ah!, saludos a tu padre.

Se hizo un silencio muy breve en el que sus miradas se cruzaron. Anne había percibido el tono de ironía en las palabras de John. Pero se limitó a decir:

-Estaré aquí mañana.

Unos segundos después se oyó el ruido del auto que partía. Cuando dejó de escucharlo, con un gesto

de enojo John arrojó la rama al costado de unos brezales, y entró a la casa. Se sentía furioso. Últimamente todo parecía salirse de su lugar, como si hubiese empezado a perder el control sobre las cosas. Hacía meses que no se le ocurría nada para escribir, eso lo ponía de mal humor, ya le había sucedido antes. Y el fracaso de su última novela había contribuido a que todo pareciese más... incierto. ¿Qué derechos tenía sobre Anne si aún los mantenía su padre? Sentía que debía hacer algo, ¿pero qué? Encendió un cigarrillo y se adelantó apenas por el pequeño laberinto hecho de muebles y cajas de mimbre. Miró a su alrededor. Los vestidos de su mujer habían formado una pila que se derrumbaba sobre el televisor. El teléfono, un viejo aparato que pertenecía a la casa, permanecía sobre la chimenea; y

7

contra ella, sus sillones cubiertos de ropa y pequeños paquetes en los que habían guardado los objetos más chicos. Allí casi no se podía dar un paso. De repente sentía que esa casa, el lugar con el que había soñado durante ese último tiempo, era un pequeño infierno. En ese momento se le ocurrió llamar a Dan, tal vez hablar con alguien lo sacaría de su mal humor. Estaba a punto de alcanzar al teléfono cuando se acordó de que era viernes. Los viernes Dan daba clases todo el día. No estaría en su casa hasta la noche. Se sentó en el apoyabrazos de uno de los sillones. No tenía ganas de nada. Entonces vio, a través de la ventana abierta, que después de todo era una espléndida tarde de otoño. El sol caía recostándose sobre los arces, apenas perturbados por una brisa del sur, que se extendían al costado de la casa. Decidió dar un paseo. Sus pequeñas explosiones de enojo no duraban mucho, y caminar un poco lo ayudaría.

Buscó su chaqueta entre unas ropas que asomaban desde uno de los canastos, los cigarrillos, que había dejado en la cocina, y abrió la puerta. Al hacerlo una corriente de aire hizo volar unos papeles desparramándolos por toda la sala. Había dejado abierta la puerta de la cocina. Con una pequeña maldición se volvió para cerrarla, y también asegurar las ventanas. Finalmente salió.

Comenzó a recorrer el solitario sendero cubierto de hojas secas que corría entre los árboles. Aquel viento,

muy suave, le daba en el rostro. El olor del campo era diferente. Las cosas serían diferentes allí. Guardó las

8

llaves en el bolsillo de su chaqueta, tiró la colilla del cigarrillo y levantó la vista hacia el cielo. Inspiró profundamente. El cielo era increíble desde ese lugar. Y al voltear la cabeza vio, a lo lejos, la columna de humo. Debía ser, era, la chimenea de su vecina.

En ese momento supo cómo ocuparía la tarde. Caminó lentamente. Quería dejarse llevar por ese paisaje que, a medida que ascendía hasta la casa de aquella mujer, parecía abrirse mostrando el pequeño valle que los bosques habían disimulado. Casi llegaba al punto más alto cuando, bajo el hondo cielo azul, se detuvo para ver las sombras de las grandes nubes desplazándose muy lentamente por los campos que se hundían y se levantaban hasta perderse en el horizonte. Desde donde se encontraba podía dominar todo el valle. Y lo recorrió con la mirada para confirmar lo que suponía: su casa, que ahora veía pequeña, casi perdida entre los bosques, y esa vieja

construcción que ya empezaba a entrever entre las copas de los árboles, eran las únicas en todo el lugar. Permaneció de pie.

Fue en ese momento que se le ocurrió aquella idea. O quizás no. Quizás había aparecido aquella tarde, cuando pasó por allí y la vio sola, en el jardín.

Cruzó el viejo portón de hierro. Detrás, unos macizos de flores eran lo único que parecía cuidado en

el pequeño parque cubierto por enredaderas que trepaban, a su vez, los troncos de los árboles. Más adelante, se alzaba la casona. Se notaba que en algún

9

tiempo había sido hermosa, pero ahora era sólo una gran casa vieja. Tenía una parte central con un tejado en el que nacían varias buhardillas y hacia un costado se prolongaba en un ala que parecía más antigua que el resto. Del otro lado, una construcción de vidrio evocaba lo que debió ser, en otras épocas, un invernadero. John llamó a la puerta y esperó. Después de unos segundos le pareció oír un rumor de pasos en algún lugar, pero no era nada. Insistió, y mientras golpeaba se escuchó la voz, desde adentro:

-¿Quién es?

Percibió el dejo de alarma en la pregunta, y trató de sonar cordial:

-Soy John Bland, señora. Su nuevo vecino.

No hubo respuesta.

-Perdone, no quisiera importunarla, sólo que hoy terminamos de mudarnos y se me ocurrió venir a presentarme. Si usted está ocupada puedo...

El ruido de la cerradura no lo dejó terminar. Después de algún forcejeo con la pesada puerta de roble apareció el rostro de una anciana:

-¿Vecino? No sabía nada de eso.

-Con mi esposa hemos comprado la casa que está allá abajo -John señaló con el brazo hacia el centro del valle- y pensé en presentarme. Le ruego me disculpe, si soy inoportuno puedo regresar...

La mujer lo interrumpió:

-No, por favor, sé cuál es la casa. Sí, la conozco, he visto el letrero de venta, pero... -la mujer soltó una

10

risa simpática- no sabía que ya tenía nuevos dueños.

Casi no salgo, lo siento. Adelante señor...

-Bland, John Bland.

John siguió a su anfitriona por un pequeño recibidor hasta la sala. La luz de la tarde entraba por dos grandes ventanas, cuyos cristales emplomados dejaban ver el pequeño parque que acababa de cruzar y, detrás, como en un cuadro, una pequeña vista de la campiña. John echó una breve ojeada al lugar. El ambiente era cálido, elegante, y un tanto abigarrado de muebles y adornos. Y de libros. Parecían dispersos por todas partes; no sólo en la importante biblioteca que se levantaba hasta el techo, al final de la sala. Sin embargo le pareció agradable. Salvo por ese olor a telas añosas que percibía desde que entró, y la hilera de fotografías sobre la repisa de la chimenea, en cuyo centro se destacaba, con un horrible marco dorado, la reina. “Viejas inglesas”, pensó, y miró a su anfitriona. ¿Cuántos años tendría?, ¿setenta?, ¿ochenta? Nunca pudo calcular la edad de la gente anciana; tampoco le interesaba, para él todos tenían la misma edad: eran viejos.

Se sentaron en dos sillones dispuestos frente al hogar, donde un gran leño ardía pacientemente. Hacía un poco de calor allí.

-Creo que estoy muy abrigado. -John se levantó para sacarse la chaqueta. De pie, mientras lo hacía, vio dos libros sobre una mesita, el canasto con leños, y el atizador, al lado del sillón de su anfitriona.

La anciana, mientras tanto, se detuvo un momento

en el rostro de su vecino. Era irlandés, sin duda. Pero

le gustaba. Tenía un aspecto descuidado, y parecía ser alguien agradable. Aunque... ¿siempre tendría esa expresión algo idiota?

-Bland... Conocí unos Bland en Bath. Claro, de esto ya hace varios años. ¿Ha estado en Bath, señor Bland?

-Me temo que no. Desde que llegué de Irlanda podría decirse que no salí de Londres, señora... -John se dio cuenta de que no conocía el nombre de su vecina.

-¡Oh!, ¡lo siento!, olvidé presentarme. Soy la señora Greenwold. Emma Greenwold. ¿Decía usted que acaba de mudarse?

-Sí, en realidad aún no hemos terminado de desempacar.

Mi mujer tuvo que ir a Londres por un asunto... familiar. Decidí... bueno -John parecía no querer entrar en detalles-, la verdad es que no quería hacer todo el trabajo solo -sonrió- entonces pensé en venir. ¿Sabe?, en el norte de Irlanda se acostumbra hacer una visita a los vecinos cuando uno llega a vivir a un lugar.

-Sí, también aquí en Inglaterra, sobre todo en la campiña, claro -tras decir esto la señora Greenwold hizo un gesto de desaprobación con la cabeza-; pero la cortesía, me temo, está desapareciendo. Tal vez le parezca algo anticuada, pero creo que hoy en día se han perdido muchas costumbres que hacían que antes la vida fuese un tanto más... amable. ¿Una taza de té, Señor Bland?

-iOh, sí, me encantaría!

La anciana se dirigió a la cocina. Mientras John la miraba desaparecer tras una puerta pensó: “He aquí

una abuelita inglesa. Fea y aburrida, como corresponde a

12

una fiel subdita de la reina!’ Salvo unos pocos, a John no le gustaban los ingleses. Se preguntó si esa amable señora le ofrecería algo para comer. Tenía hambre.

-Espero que le gusten los scons, señor Bland.

La señora Greenwold regresaba con una bandeja que dejó sobre una pequeña mesa, al costado de su sillón.

-¡Oh, claro que sí!, es usted muy amable.

Mientras tomaban el té la nueva vecina de John comenzó a hablar de sí misma, su vocación por los viajes, y la decisión de vivir sola en Chipping Campden, aunque estuviese algo alejada del pueblo.

No pasó más de media hora. La conversación iba decayendo hasta que finalmente se hizo un silencio. La señora Greenwold lo rompió:

-¿Y a qué se dedica usted señor Bland?

-Soy escritor; bueno, hago de todo un poco, a veces algo de crítica y he dado clases, también, pero lo que más me gusta es escribir novelas, novelas policiales. Una expresión de admiración apareció en el rostro de la anciana:

-¡Vaya!, ¡eso sí que es interesante!- se frotó jovialmente las manos y señaló hacia la biblioteca-. Soy bastante aficionada a esos relatos. ¿Ha publicado algo?

-Sí, un par de novelas, pero no me fue muy bien con ellas, a decir verdad. Hoy el público prefiere la acción, usted sabe, cosas más duras y espectaculares. Ya nadie se interesa en los misterios, el famoso crimen como obra de arte pareciera... que pasó de moda.

13

-Estoy de acuerdo con usted, ahora todo es violencia y sexo, sí. Lamentable. Y dígame: ¿ya sabe de qué tratará su próxima novela?

John hizo silencio. En ese instante pareció cruzársele un pensamiento. Miró fugazmente a la mujer, que a su vez lo observaba, y dijo:

-No.

De nuevo se hizo un pequeño silencio. La anciana bajó la vista y después ambos miraron hacia la ventana. Afuera, un mirlo trinaba apoyado en una rama. En algún lugar de la casa un reloj daba las cinco de la tarde. La señora Greenwold volvió a llenar las tazas de té, y miró a John a los ojos:

-¿Sabe?, no todos los días una conoce a un escritor de novelas policiales. Eso me recuerda... mejor dicho, me hace pensar que a usted podría interesarle una historia, algo que sucedió realmente hace muchos años y que trata de un crimen. Pero, por supuesto, no quisiera aburrirlo, tal vez usted creerá que soy de esas viejas que están esperando la oportunidad de contar sus historias y...

John la interrumpió:

-No, por favor, señora Greenwold, quisiera escucharla.

La anciana sonrió levemente y volvió a acomodarse en el sillón:

-Bien, lo que voy a relatarle me fue referido por una mujer con la que compartí un viaje en tren a Edimburgo, en una noche que siempre recuerdo muy larga, en mil novecientos cincuenta y cuatro.

14

¿VIAJA USTED SOLA?

Comenzaré por el principio, cuando llegué a la estación. El tren salía desde King's Cross, a las diez. Recuerdo que mi reloj se había roto, de modo que apenas ingresé miré la hora en el reloj del hall central. Faltaban ocho minutos. Me dirigí a las boleterías. Un grupo de pasajeros se había agolpado en una de las taquillas. Al parecer había algún problema, porque se demoraban, y mientras esperaba sentí que alguien tocaba mi brazo: "¿Siemprevivas *milady?"* Era una de esas mujeres que vendían flores en la calle. Le dije que no. Fui algo grosera...-como si sus últimas palabras se hubiesen diluido, la señora Greenwold hizo
una pausa- Es extraño. Lo primero que recuerdo son los detalles. Cada vez que intento recordar esa noche siempre aparecen los detalles... yo estaba algo molesta porque se me había corrido una media. Sé que le parecerá una tontería, pero en esa época, mi joven amigo, en Inglaterra eso sólo era bastante parecido a un escándalo sexual. Quería estar en el tren cuanto antes. No era la media, en verdad... ése no había sido un buen día para mí.

Recuerdo, también, que el tren salía del andén número cinco. Y que entré a ese compartimiento porque tenía las cortinas cerradas. Como aún faltaban unos minutos para salir, supuse que alguien había olvidado correrlas, y estaría vacío. Apenas puse un pie adentro, escuché una voz, casi un susurro, que me dijo:

"Por favor, no abra las cortinas". No había alcanzado a reparar en esa muchacha, sentada al borde de uno de los asientos, casi pegada al pasillo.

Estaba bastante oscuro. Una sola lámpara, apenas arrojaba una luz mortecina en el compartimiento. Me resultó raro.

Las cortinas de la ventanilla también estaban cerradas.

"Me parece que hace falta un poco más de luz. ¿puedo..?", dije tratando de ser agradable, mientras encendía otra lámpara. La muchacha, desde el rincón de su asiento, hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

Entonces la vi. Era muy joven. Tenía un rostro común, más bien ancho, y extremadamente pálido. No

era fea, aunque me resultaba algo vulgar. Recuerdo que

16

llevaba un peinado que hacía furor en esa época, y que no me gustaba. Pero lo que más llamó mi atención fue esa imagen inmóvil y crispada, con los ojos muy abiertos y la mirada vacía. Su respiración era muy fuerte. Pensé que podía estar enferma. Hacía calor, pero ella permanecía enfundada en un abrigo marrón que llegaba hasta el suelo. Para mis adentros, comencé a lamentar que el compartimiento no hubiese estado vacío.

"¿Viaja usted sola?"

No fue la pregunta, sino la forma en que la hizo lo que me incomodó. Es difícil de explicar, pero me di cuenta de que no era una pregunta de cortesía, usted sabe, de las que se hacen en esas ocasiones. Parecía otra cosa. Tal vez quería iniciar una

conversación. Le contesté que sí, sin más. Verá, nunca fue mi costumbre relacionarme con desconocidos en los viajes, uno... nunca sabe a quién tendrá que soportar por kilómetros. Además, algo en esa muchacha me resultaba extraño, no me gustaba. Se me había empezado a ocurrir que tal vez esperaba a alguien, o le sucedía algo y justamente había cerrado las cortinas para no ser molestada. Al final decidí irme. No había visto mucha gente en el tren y estaba a tiempo de encontrar un compartimiento desocupado, así que me puse de pie y tomé mi bolso del maletero. Cuando vio que me disponía a salir se levantó de su asiento e hizo un gesto para detenerme: "No, por favor, no se vaya". Parecía una súplica. Sinceramente, por el tono había conseguido inquietarme.

"¿Está usted bien, querida?", no pude dejar

de preguntar. Me contestó que sí, sólo que no quería viajar sola. Dadas las circunstancias pensé que *ya* no me podía ir. Le sonreí apenas y volví a mi asiento, pero no sabía qué hacer. Desde afuera aún llegaban, ahogados, el rumor de las voces y los ruidos de la estación. "Hace un poco de calor aquí", la escuché nuevamente, aunque yo me daba cuenta de que el comentario era forzado, sólo una gentileza por haber aceptado quedarme. No contesté nada.

Golpearon la puerta. La cabeza de la muchacha se pegó contra el respaldar del asiento y, por un momento, toda ella pareció quedar tensa, casi inmóvil.

También sus ojos. Vi que sus ojos se paralizaron mientras miraban hacia la puerta, hasta que se abrió. Era el guarda. Un hombre mayor, bastante alto, que apenas entró la mitad de su cuerpo y nos pidió los pasajes. Antes de retirarse nos dio las buenas noches. Como si esa aparición le hubiese quitado todo el aliento, mi compañera de viaje pareció desplomarse, aunque permanecía sentada. Volví a preguntarle: "¿Está usted segura de que se encuentra bien?". Me miró intentando decir algo, pero sus ojos ya estaban llenos de lágrimas y, como si algo en ella hubiese estallado de repente, su cara se contrajo y comenzó a llorar.

Me acerqué para consolarla. La abracé como si fuera un niño y permanecimos un rato así, en silencio,

con su rostro hundido en mi pecho. Mientras dejaba escapar aquellos sollozos que le estremecían los hombros, sentí una súbita vergüenza por haber pretendido

irme. Aquella muchacha no tendría más de veinte años. Imaginé un noviazgo trunco o algo por el estilo cuando alcancé a escuchar, entre los estertores del llanto, como si saliera de mi propio cuerpo, su voz: "Un hombre quiere matarme... no sé si ha subido al tren". El silbido de la locomotora cruzó el aire helándome la sangre. Escuché las puertas cerrarse a lo largo del tren, y el primer temblor en el vagón nos anunció que eran las diez de la noche.

El viaje acababa de comenzar.

ALGO **ABOMINABLE HA SUCEDIDO EN ESE CUARTO**

"¡Por Dios, querida!, ¿qué está usted diciendo?" Comencé a oír mi propia voz repitiendo

esa pregunta entre el llanto y las palabras de la muchacha que parecían golpearme la cabeza.

El silbato sonó nuevamente. Una repentina sensación de irrealidad me había aturdido, como si aquella frase fuese un sueño. Sus brazos se habían aferrado a mí con una fuerza que me asustaba. Podía sentirla,

tensa, temblando de miedo. No sabía qué hacer: "Por favor... llamaremos al guarda y le explicaremos la situación, no se desespere...". Creo que dije algo así, pero ella parecía no escucharme.

Y en medio de mi confusión supe

que cualquier cosa que dijera no serviría de nada. El tren comenzaba a tomar velocidad. Fue en ese momento que las lámparas comenzaron a titilar hasta que, finalmente, la luz bajó. Aquel lugar se convirtió en un cubículo de sombras. Las luces del pasillo también habían disminuido y de pronto sentí que su mano se deslizaba sobre la mía y la apretaba, cada vez más fuerte. No podía ver su rostro. En cambio, un penetrante olor a agua de colonia se desprendía de su cabello; y ese aroma dulzón, sofocante, inundaba todo el compartimiento. Sentí que me faltaba el aire. Sin soltarme, ella trató de decirme alguna cosa; pero no lo hizo, como si algo se lo impidiera. Fue en ese momento que escuché los pasos. Alguien caminaba por el pasillo. Ella llevó su mano a la boca tratando de contener un grito, y como si de eso dependiera su vida, la vi tomar el picaporte con tanta fuerza que creí que iba a romperlo; lo sujetaba de manera que no pudieran abrir la puerta, aunque yo sabía que eso era inútil. Pero los pasos se alejaron. Cuando soltó el picaporte quedé mirándola, vi también que mis manos temblaban, que todo mi cuerpo estaba temblando:

"¡Por el amor de Dios, dígame qué sucede o voy a volverme loca!" Yo comenzaba a gritar, y como un resorte ella puso su mano sobre mi boca: "¡No!, por favor".

Sus ojos me miraban, parecían fuera de sí. No podía resistir aquello. Miré hacia otro lado, la puerta. Tuve el impulso de salir, pero algo me decía que aquello no era posible: "¡Pidamos ayuda! ", le dije. Ella tomó las solapas de mi abrigo: "¡No!, eso no, tengo que esconderme, se lo

22

suplico. Él puede estar ahí..." Volteé mi cabeza; no quería mirarla: "¡Qué está diciendo...! ¡Eso no tiene sentido, debemos buscar...!" No me dejó terminar: "Usted no entiende señora, yo... no puedo salir de aquí, por favor, no... no lo haga usted".

Sentí que en un instante había entrado en una pesadilla que ocurría en otro lugar, a una mujer que no era yo. *"Un hombre quiere matarme.."*Esas palabras no dejaban de resonar en mi cabeza. Yo no debía estar allí. Fue lo único que pensé.

Quedamos en silencio, y por un momento sólo se escuchó el ruido del tren sobre las vías. No sé muy bien cuánto tiempo pasó, pero ella demoró en tranquilizarse. Después, como si hubiese cometido una falta, apartó su mano de la mía y, sin mirarme, dijo: "Discúlpeme señora, lo siento, discúlpeme por favor". Su voz parecía serenarse: "Debo decirle qué sucedió, es... necesario que lo sepa".

Estuve a punto de decirle que no. Que se dejara de tonterías y que llamásemos al guarda inmediatamente. En ese instante, como si me lo hubiese dictado un presentimiento, supe que no quería saber nada de todo aquello. Pero era tarde. Comenzó a hablar en voz baja, como si alguien más pudiera escucharla:

"Fue algo que vi en la casa del vecino, hace unos momentos. Yo trabajo en una casa, soy una de las mucamas, y mis patrones, ioh!, ¡ellos no estaban!, viajaron a París ayer. La casa permanecerá cerrada hasta julio.

Y yo debía dejar todo en orden antes de tomar este

23

tren, por eso... -había comenzado otra vez a dejar escapar aquellos sollozos, pero consiguió contenerlos. Cerró los ojos, y después de tomar aire continuó: -Perdóneme señora. Decía... como ellos viven allá durante estos meses, el señor Gardfíeld nos permite tomar las vacaciones en esta época. Mi familia es de Edimburgo, por eso estoy aquí, yo... siempre suelo tomar el tren del mediodía, pero había cosas que hacer en la casa, de modo que me quedé. No me gusta quedarme sola. Soy muy miedosa, siempre lo he sido, pero no tenía más remedio; la señora Hocken, la cocinera, debía tomar un autobús después de almorzar.

Eran las ocho de la noche y yo estaba terminando con mis tareas. Debía cerciórame de que cada cosa estuviera en su lugar, usted sabe, cubrir los muebles, enfundar la ropa de cama, esas cosas. Fue más o menos a la hora del chaparrón, me faltaba asegurar las ventanas de la planta alta y preparar mis propias pertenencias para el viaje. Yo había comprado unos regalos para mis sobrinos y aún debía envolverlos.

Pero decidí terminar con mis obligaciones primero, de modo que subí. Revisé todas las ventanas de las habitaciones. Son cinco. Y ya estaba por bajar cuando pasé frente al cuarto de huéspedes. No pensaba entrar. Esa habitación permanece cerrada casi siempre. Es uno de esos cuartos que se ocupan en raras ocasiones, una sabe que todo está en orden allí. Pero de todas maneras me decidí a darle un vistazo. No quería que por un descuido... usted sabe, una puede perder el trabajo por un descuido.

24

Apenas entré vi una claridad que entraba por la ventana. Enseguida pensé que debía ser de un cuarto de la casa vecina. Las casas no están muy alejadas en ese vecindario, y seguramente la luz de alguna ventana había llegado hasta la habitación. Le juro señora, no soy ninguna fisgona, créame, nunca fui de las que andan espiando, eso no, yo... simplemente me acerqué. De todas modos tenía que hacerlo, usted entiende, para revisar las cerraduras de la ventana, pero me quedé ahí. Allí había un hombre. Era un hombre bajo, casi calvo. No recordaba haberlo visto antes, pero, usted sabe, en ese barrio es común no conocer a los vecinos. Me llamó la atención porque su cabeza subía y bajaba desapareciendo de la ventana. Y cuando vi su rostro me dio miedo. Me pregunté qué cosa podía estar haciendo alguien que tuviera esa expresión en el rostro. Él movía los brazos, él... estaba haciendo algo, pero no podía ver qué. Después de un rato se detuvo, se pasó la mano por la frente y se puso de pie, siempre mirando hacia abajo. Parecía muy agitado. No sé cómo explicarlo señora, pero sentí que algo abominable sucedía en ese cuarto.

Ya iba a salir de allí cuando sucedió. De repente se quedó quieto, como cuando alguien se percata de que está siendo observado. Y giró su cabeza hacia la ventana hasta quedar con sus ojos fijos hacia donde yo estaba. Me había visto. No nos separaban más de cinco o seis metros y por un instante nos quedamos así, mirando, los dos, hacia la ventana opuesta. Atiné a retroceder para refugiarme en la habitación a oscuras.

25

Pero él me seguía con la vista. Fue espantoso. Cerré las cortinas de un golpe y salí de la habitación. Abajo comencé a caminar como una loca, trataba de pensar... pero lo único que tenía en la cabeza eran los ojos de aquel hombre. La policía, tenía que llamar a la policía. Fui a la cocina y tomé el teléfono. El número. No tenía el número. Lo busqué en unas libretas que se hallan al lado del aparato hasta que aquel pensamiento me dejó sin aliento: ¿Y si ahora venía por mí? ¿Si sabía que yo estaba sola y venía por mí? La puerta de calle. La señora Hocken había sido la última en salir, pero ella no tiene llave de la puerta principal. No la había cerrado. Y yo tampoco lo había hecho. ¿Entiende? Aquel hombre podía estar entrando a la casa en ese momento. Yo estaba parada en medio de la cocina. Sentí que mis piernas no me respondían, como en una pesadilla. Tenía que llamar a la policía. No. Pensé en encerrarme, primero tenía que encerrarme. Así estaría a salvo. No sé cómo llegué a la puerta de la cocina y la trabé. Después volví a buscar el número, hasta que me di cuenta: la operadora, cómo no se me había ocurrido antes... Marqué. “¿Puedo ayudarla?” escuché la voz de una mujer. La oía como si estuviera muy lejos. “¡Por Dios ayúdeme, hay un hombre en la casa!”. Me dijo que me comunicaría con la policía de inmediato. Yo seguía mirando hacia la puerta. ¿Estaría allí? “Policía, dígame qué sucede.” “¡Hay un hombre en la casa!”, repetí. “Tranquilícese, llegaremos de inmediato, pero antes dígame dónde se encuentra usted, y dónde está él...” “Yo estoy en la cocina, me encerré...” “Bien, -me interumpió- ¿y él...?”

26

Abrí la boca para responderle, pero no pude. Me di cuenta de que no lo sabía. Fue en ese momento que pensé... -su voz se resquebrajó, y nuevamente afloraron lágrimas en sus ojos-. ¡Oh, Dios!, pensé que todo era una locura, en realidad yo no estaba segura, no lo sabía. ¿Entiende?, todo fue tan rápido que no tuve tiempo de pensar que no había visto nada en aquel cuarto, sólo a ese hombre, eso era todo. Podían ser ideas mías, ¿sabe?, yo siempre me atemorizo... ¿Qué podía decirles?,

¿que un hombre hacía movimientos extraños y al espiarlo tuve la impresión de que hacía algo malo? Era ridículo. El auricular aún estaba en mi mano. Colgué. Tenía que pensar. Estaba muy nerviosa por toda aquella situación, y lo mejor era serenarme un poco. Me senté y traté de imaginar qué pasaría si llamaba a la policía. Seguramente sería un escándalo. Tal vez sólo estaba haciendo algo, cualquier cosa, y la mucama del vecino lo acusaba de algo que no vio, y de haber entrado a la casa. Los Garfield no tolerarían eso. Seguramente perdería el empleo. Además, en una hora debía tomar este tren. Cualquier cosa que hiciese hubiera significado no viajar, y yo no pasaría una noche sola en esa casa, además... lo más probable era que el pobre hombre se hubiese sorpendido, eso creí.

Pero mientras pensaba estas cosas miraba hacia la puerta. La casa estaba en el más absoluto silencio. De todos modos me acerqué y apoyé mi oído contra la madera. No escuchaba el menor ruido. El ruido. Me acordé de que la puerta de calle hacía un ruido característico al abrirla. Y yo no lo había escuchado.

27

Antes de salir de la cocina, entorné apenas la puerta para ver. Nadie. Me acerqué a la entrada principal. Estaba, como lo pensé, sin llave. Sin embargo traté de abrirla y no pude. Empujé. El crujir de la madera me pareció más fuerte que nunca. Cerré enseguida. No, por allí no había entrado nadie. Y todas las ventanas estaban aseguradas. Agradecí no haber concluido esa llamada, y me culpaba por ser tan miedosa. Aseguré la puerta con llave y fui a la biblioteca. Desde allí quería ver la casa del vecino. No sé por qué lo hice, tal vez para ver algo, algo que me sacase toda duda. Yo tenía que salir de la casa, ¿sabe?, eso no dejaba de asustarme.

A medida que me acercaba a la ventana de la biblioteca

comencé a escuchar una música. Era una música conocida, una tonada de moda. Charlie Crowley. Ahora escuchaba la voz de Charlie Crowley. Era la radio. En la casa vecina habían encendido la radio. Y estaban escuchando ese programa. Me asomé, aunque no podía ver nada. Había una luz en la sala, pero las cortinas no dejaban ver el interior. Creo que eso me tranquilizó; los vecinos estaban escuchando la radio. No sé por qué, ya pensaba que nada malo podía haber sucedido allí. Sin embargo, antes de salir a la calle miré para todos lados. Me sentía nerviosa. Pero no vi a nadie, sólo algunos autos estacionados. La calle estaba mojada. Salí por la puerta principal. Caminé con mi maleta hasta la esquina. Esperaba conseguir un taxi rápidamente. Tenía menos de una hora para llegar a la estación.

Cuando me bajé del taxi todavía me encontraba

un poco intranquila. Me repetía que era estúpido, pero

28

no podía sacarme de la cabeza la mirada de ese hombre. Era como si aún siguiera mirándome... desde algún lugar. Me sentí mejor cuando subí al tren. Entré a este compartimento y me senté, al lado de la ventanilla. Entonces sucedió de nuevo.

Él estaba ahí, en el andén. Llevaba un impermeable y un sombrero claros. Caminaba como cualquier otra persona, pero sus ojos se movían de un lado a otro, como si buscase a alguien. El miedo no me dejó cerrar la cortina, me quedé paralizada, y cuando quise reaccionar él ya estaba mirando hacia donde yo estaba. O me pareció. No lo sé, le juro señora, por momentos siento que ya no sé lo que veo, pero tengo mucho miedo, creo que me siguió, ¿se da cuenta?, algo malo ha sucedido en esa casa y ahora está por aquí, en algún lado... ¡Dios mío!, ¡qué voy a hacer!

29

UNA NOCHE EN EL INFIERNO.

Como en un escenario, después de un monólogo a oscuras, la intensidad de la luz subió

apenas aquella muchacha pronunció la última frase. En un segundo, las formas y los colores, aunque mortecinos, nos situaron de nuevo en el compartimiento. Recuerdo

que lo primero que vi fueron nuestros zapatos sobre el entablonado, más arriba, las cortinas volvían a temblar al compás del tren; las butacas de cuero verde seguían allí, vacías... Pero algo había cambiado. Lejos de regresar a la pesadilla, mis temores parecían diluirse junto con la oscuridad. Había escuchado con

atención ese relato, y Dios sabe que me aquejaba una profunda compasión por esa chiquilla...

Pero no podía creerle.

Todo aquello eran fantasías, sin dudas. No podía ser de otra manera. ¿Quién sabe qué cosa haría ese hombre en aquel cuarto?, ella misma lo había dicho. Y yo estaba segura de que lo tenía en su cabeza cuando vio al sujeto en el andén, alguien parecido seguramente. Después de vivir aquello cualquier hombre bajo y calvo podía ser ese vecino. Es lo que pensé. Que lo único real aquella noche era su miedo. Por lo demás, escuchaba el producto de una imaginación viva en la mente de una muchacha demasiado asustadiza. Una vez, en algún lugar había leído que muchas personas temerosas ven cosas, y que llegan, incluso, a distorsionar la realidad. ¿Cómo saberlo?

"¿Está usted segura de que el hombre que vio en la estación es el mismo hombre...? "Sí, estoy... casi segura", me respondió desviando su mirada hacia la ventana. Sus ojos estaban, otra vez, llenos de lágrimas. "No solucionará nada llorando, tranquilícese. Y déjeme pensar, por favor!' Mis palabras sonaron duras. Con la sospecha de que todo era ilusorio, aquella situación comenzaba a fastidiarme. Ella continuaba allí, apenas sentada en el borde de su butaca, pálida, parecía a punto de desmayarse. "¿Cuál es su nombre, querida?" "Julie". "Julie, por favor, no quisiera que malinterprete mi pregunta, pero a veces los nervios nos traicionan.

Usted venía de pasar momentos muy difíciles, ¿ver-

52

dad?". "Sí, sé lo que quiere decir señora, pero, créame, estoy segura de lo que vi". Volví a mirarla.

¿Y si fuese cierto?

Claro que existía una posibilidad. Y aun en el caso de que fuesen fantasías, de repente me percaté de que si no salíamos de la duda aquel viaje se convertiría en un infierno, ella simplemente enloquecería. No podíamos quedarnos allí sin hacer algo al respecto, sólo esperando.

En esa época el nocturno a Edimburgo era un expreso, o sea que hasta su destino no hacía ninguna parada. Eso descartaba bajar en la próxima estación. Estaríamos en el tren hasta la mañana siguiente. Comencé a pensar... Si el hombre que vio la muchacha en la estación era realmente su vecino había razones para no llamar al guarda. ¿Qué podría hacer?, ¿detenerlo acaso?, ¿por qué? ¿Qué podría decir Julie de aquella escena de la ventana? Nada. A cambio, la posibilidad de que ese hombre pudiese verla era, sin dudas, la peor. Ella quedaría expuesta, nada más. Imaginé a ese hombre aduciendo que la muchacha estaba loca, o que lo había confundido, cualquier cosa. Además, ¿qué sucedería después? Si ella se mostraba, al final del viaje comenzaría a correr el mismo peligro. Todo parecía tan difícil, incierto...

Pensé en trasladarnos a otro compartimiento, alguno donde hubiera más pasajeros; podríamos viajar seguras entre otras personas. Pero deseché esa idea al instante. Otra vez ella se dejaría ver. Tal vez permaneciese a salvo durante el viaje, pero no después.

33

Todo nos conducía a lo mismo: era necesario saber si ese hombre estaba o no en el tren. Y había sólo una forma de saberlo: revisando todos los compartimientos. "Escuche, vamos a hacer lo siguiente: saldremos de aquí juntas, usted se encerrará en el toilet y me esperará allí. Yo recorreré el tren. Él no me conoce. Si ese hombre está aquí, si lo veo, haremos lo que haya que hacer para que usted esté segura. Si no está, permaneceremos juntas hasta que lleguemos, y más tranquilas. ¿De acuerdo? Aceptó. Antes de salir abrí la puerta y miré hacia todos lados. No vi a nadie. No nos

separaban muchos metros del toilet Ella entró y quedamos en que yo golpearía tres veces la puerta para hacerle saber que había regresado.

Volví a nuestro vagón; la búsqueda comenzaría por allí. Los dos compartimientos vecinos al nuestro estaban vacíos. En el siguiente vi a un hombre rubio, con aspecto de extranjero. Estaba solo. Sentado en la butaca que daba al pasillo, parecía muy concentrado en un libro que sostenía con las dos manos. Pareció no advertir mi presencia cuando pasé por allí. No había más pasajeros hasta el final del vagón.

Cuando abrí la puerta del próximo escuché unos pasos. Alguien se acercaba. La luz era muy tenue, pero vi que era un hombre uniformado, el guarda.

"¿Puedo ayudarla?".

Al acercarse vi que no era el mismo que nos había pedido los pasajes. Me tomó de sorpresa, y por un

54

momento no supe qué decir. Por encima de su hombro podía ver que aquel vagón era diferente; parecía de literas, y estaba casi en la oscuridad. Una pequeña lamparita iluminaba apenas una circunferencia en la mitad del pasillo.

"¡Oh!, sólo quería estirar las piernas..."

"Lo siento, a partir de este vagón comienzan las literas y camarotes, señora; este sector permanecerá cerrado hasta la mañana; no se puede caminar por aquí." "No lo sabía, disculpe usted. ¿Podría indicarme adonde está el coche comedor?"

"No hay coche comedor, me temo que ya no se ofrecen esos servicios en este tren. Nadie los usa por la noche."

"Claro." dije, y volví sobre mis pasos.

"Buenas noches, señora".

Al cerrar la puerta escuché el ruido de una cerradura. Y un tintinear de llaves. Me di vuelta. Alcancé a ver cómo su figura volvía a atravesar el círculo de luz para perderse en la sombras, al final del corredor. Cuando se me ocurrió recorrer el tren no pensaba que pudiera encontrar a aquel hombre, realmente no lo pensaba. Sin embargo, apenas me asomé a la puerta del vagón contiguo sentí un ligero escalofrío. A través de un vidrio repujado vi, de esa manera algo monstruosa en que vemos a través de los lentes, las formas de un pasillo desierto. Y en ese momento, por primera vez, no pude evitar la idea de que ese hombre estaba ahí, en alguna parte.

55

Cerré los ojos. "Él no me conoce. Él no me ha visto nunca", me dije mientras tomaba la perilla.

Ya estaba dentro del vagón. Las luces del pasillo no eran más intensas que las del compartimiento; una pequeña lámpara, cada tres o cuatro metros. A mi derecha, la ventanilla sólo me mostró la oscuridad de la noche, y en un extremo, el reflejo de mi propio rostro, mirándome desde el vidrio. El sonido de las vías llegaba lejano, como ahogado por el silencio que parecía reinar en ese lugar. Y por un momento tuve la conciencia de que para quienes estuviésemos allí arriba, ese tren era nuestro único mundo esa noche, un pequeño laberinto en penumbras, estrecho, amenazante, y afuera sólo frío y velocidad. ¿Qué estaba haciendo? Me apoyé en la puerta del vagón. De nuevo sentía que me faltaba el aire. Volví a pensar que todo era una locura; la historia de aquella muchacha, recorrer el tren, buscar a ese hombre... Esos pensamientos acudieron a mí en un instante, y ya estaba por irme cuando algo me detuvo. De pronto recordé lo terrores de aquella chica. No volvería a encerrarme con ella. No de nuevo, sin antes acabar con esa duda. "Él no me conoce", me repetí en voz baja, antes de alcanzar el primer compartimiento. Estaba vacío.

Sin embargo, las luces iluminaban cada una de las butacas. Idéntico al nuestro, no había maletas ni

rastros de que alguien hubiese estado en ese lugar. Fue cuando llegué al segundo que me di cuenta. Aunque

estuviesen desocupados, todos los compartimientos permanecían con las lámparas encendidas. Atrás de cada uno de los asientos, protegidas por una pequeña pantalla color ocre, no iluminaban mucho más que algunas velas esparcidas, y ese resplandor amarillento parecía alimentar las sombras de todo lo que tocaban. Avancé hacia el próximo. Tampoco había nadie en el tercero. Faltaban dos. ¿Sería posible que el vagón entero estuviese desierto? Nadie en el cuarto. Di unos pasos más y... el quinto también estaba vacío.

Comenzó a ganarme un ligero desconcierto. Era posible que el vagón estuviese desocupado por completo, pero también era extraño. Entré al próximo. En el primer compartimiento no había nadie. Cuando me acerqué al segundo vi a una mujer. Llevaba un niño en brazos. El niño parecía dormido. Al escuchar mis pasos, ella apenas me lanzó una breve ojeada. Continué. Dos compartimientos más adelante vi a un sacerdote. Era joven, y recuerdo que estaba recostado de una manera muy singular sobre las butacas. Me pareció, no sé muy bien por qué, una postura extraña para un sacerdote. Como si me adivinara el pensamiento, al verme se incorporó para acomodarse rápidamente en su asiento. Fingí que no lo había visto, y seguí. Faltaba el último. Nadie. Cuando entré al siguiente supe que me encontraba en los vagones de primera clase. Una alfombra amortiguaba mis pasos y el rítmico sonido del tren sobre las vías pareció enmudecer en el momento en que la puerta se cerró tras de mí. Las lámparas eran de vidrio.

Las estaba mirando, se asemejaban a un pimpollo de

37

rosa a punto de abrir, cuando vi que su luminosidad comenzaba a debilitarse. Al tiempo escuché cerrarse

una puerta, en algún lugar. Me di vuelta pero ya no puede ver nada. Las luces terminaron de apagarse y la

oscuridad era absoluta. “Tranquila”, pensé, pero las *piernas me temblaban. “Un hombre maduro, bajo, casi calvo.”.*

Había repetido la descripción de ese hombre todo el tiempo, pero recién en ese momento, en medio de esa espantosa ceguera, aquellas palabras comenzaron a resonar en mi cabeza. Ahora, aunque lo encontrase, no podría reconocerlo. Por un momento no me atreví a mover siquiera un brazo. Sentí lo que sentíamos en los bombardeos... usted es muy joven, pero los que vivimos en Londres durante la guerra aún teníamos vivo el recuerdo de los apagones, la inmovilidad, el miedo. Esas cosas permanecen para siempre. ¿Sabe?, sabíamos que todo era inútil, cuando quedábamos a oscuras la muerte podía alcanzarnos desde cualquier lugar. Y me desesperé. Comencé a extender mis brazos mientras giraba en semicírculos, hasta que pude tocar el vidrio del primer compartimiento. La puerta estaba abierta. Logré entrar y, a tientas, me senté.

La voz sonó muy cerca... íntima, como si saliese de un confesionario:

“Por lo visto viajaremos a oscuras esta noche”.

Me paralicé. Su respiración... allí, muy cerca de mí. Era un hombre, un hombre estaba a mi lado.

38

“Por favor, no se asuste”

La voz era extraña, algo aguda, no parecía joven. “Maduro, bajo, casi calvo..”. Sentí que se acababa el aire, como si, finalmente, hubiera sido arrojada a un vacío negro sin principio ni fin.

LA VOZ: “Las cosas parecen estar mal aquí, ¿verdad?”

(Silencio.)

LA VOZ: “Disculpe, ¿se encuentra usted bien?”

YO: “Sí...”

LA VOZ: “Lamento haberla asustado”

YO: “Está bien, es la oscuridad, eso es todo”

LA VOZ: “Oh, sí... “

(De nuevo el silencio. Después escuché un roce de telas, y un ligero ruido en el suelo. Se movía. Se había movido. Por un momento contuve la respiración, como si algo fuera a ocurrir.)

YO: “Mi marido. Él... me está esperando. Seguramente viene por mí ahora.”

LA VOZ: “Si puede verla... (rió). Esta oscuridad no habla muy bien de los trenes ingleses, ¿verdad?” YO: “Oh, por supuesto, aunque... no suelo viajar muy seguido, yo...”

LA VOZ: “Sí, me di cuenta”.

YO: “¿Cómo?”

LA VOZ: “Verá usted, yo no pensaba hacer este viaje. Fue algo precipitado. Sabía que los camarotes y las literas estarían completos. Al parecer los que viajan en este horario hacen sus reservas. Nadie quiere viajar sentado toda la noche, sin embargo... *usted está aquí”.*

39

YO: “Es verdad, yo... nosotros nunca tomamos este tren”.

(Silencio.)

YO: “Espero que lo arreglen pronto. Ya debo volver

a mi compartimiento”

(Silencio.)

LA VOZ: “Usted tiene miedo.”

YO: “¿Por qué dice eso?”

LA VOZ: “No puedo ver su rostro, pero sí la escucho. Cuando estamos a oscuras las voces nos dicen todo, no nos pueden engañar. ¿Sabe?, hace falta algo de luz para engañar, o para esconderse...”

YO: “Es posible, pero la verdad es que no me resulta muy cómodo hablar con alguien en la oscuridad.” LA VOZ: “Oh, créame, a mí sí. Es más; le aseguro que si no estuviésemos a oscuras este diálogo no sería posible. Pero usted tiene miedo. Y me atrevo a pensar que es porque me ha visto... antes”.

YO: “¡No!, no es así, yo... ¡no he visto a nadie!”

LA VOZ: “Oh...”

En ese punto del diálogo advertí cómo un tenue resplandor comenzaba a dibujar el contorno de la puerta hasta que, en un segundo, todas las cosas aparecieron nítidamente. Vi que allí las cortinas eran rojas.

Miraba las cortinas cuando me puse de pie:

“Bien, creo que ya puedo irme, espero no haberle ocasionado ninguna molest...”

Cuando me di vuelta, las palabras se congelaron en mi boca. En su lugar, un gemido de espanto se escapó mientras comenzaba a retroceder.

40

Ante mí, veía una horrenda careta de piel tirante y escamosa. Brillante y surcada de estrías rojas que parecían tener vida propia, como finos gusanos desplazándose en una materia putrefacta y sanguinolenta.

Unos ojos inmensos bajo dos telas carnosas que asemejaban los párpados me miraban. El hombre desvió su rostro hacia la ventanilla:

“Lo siento...”

Aquella visión me había aturdido de tal manera que no podía reaccionar, hasta que logré articular unas disculpas:

“Perdóneme usted”.

“Está bien, no se preocupe. ¿Sabe?, la guerra deja estas cosas...”

“Debo... debo irme ya”.

Dije sin mirar y me abalancé sobre el pasillo. Quería volver, terminar con todo aquello, pero me veía a mí misma caminando hacia el final del tren. Parecía una loca. Tal vez lo estaba. Aceleré mis pasos, y ya no pensaba en nada. No sabía si quería continuar o alejarme de aquel monstruo, pero seguí. Nada podía ser peor que aquello. Llegué al final del vagón: desierto. También el próximo. Aquel hombre era la única persona que viajaba en primera clase.

La última puerta estaba cerrada. Se podía ver, del otro lado, una luz blanca iluminando, como a un teatro pequeño y estrecho, las filas de butacas desiertas, silenciosas... Ése era el final del recorrido.

Ahora debía regresar.

Al volver sobre mis pasos vi el corredor, vacío.

41

Por alguna razón me asaltó el temor de que la luz pudiese apagarse nuevamente. Tal vez fue esa idea, no lo sé, pero de repente sentí que me inundaba un miedo atroz y tuve la certeza de que él estaba allí, detrás de mí. Fue tan real como si lo hubiese visto, agazapado entre las butacas, en algún lugar. Comencé a correr. O algo parecido, porque allí no se podía correr. Esos pasillos estrechos ahogaban cualquier intento, a mí misma. Mis brazos se golpeaban contra las puertas, los movimientos eran torpes, y tenía la impresión de que el suelo comenzaba a oscilar aún más con la violencia de mis movimientos y que las paredes y el techo fluctuaban y acababan confundiéndose. Mi respiración se tornaba más agitada. Escapaba. Pero no oía otro sonido que el de mis pasos. No podía ser...

Me repetía esas palabras mientras atravesaba los pasillos, siempre con la mirada fija en la próxima puerta, hasta la última.

Al llegar al toilet, golpeé, como habíamos quedado, tres veces. Después de preguntar si era yo, la muchacha abrió lentamente la puerta. Le dije que en todo el tren no había rastros de ese hombre, que podíamos viajar tranquilas. Ella se veía tensa, y me di cuenta de que había estado llorando. Tal vez yo misma no me veía mucho mejor que ella, pero al escucharme el alivio pareció marearla, y me abrazó: "¡Oh, gracias!, tenía tanto miedo... y la luz... volvió a apagarse, ¡pensé que iba a volverme loca!"

Regresamos a nuestro compartimiento. Le dije que no quería volver a hablar del tema, e intentamos

42

charlar de cualquier cosa. Necesitábamos distraernos un poco, aunque fuese difícil.

No pasó mucho tiempo cuando le propuse que tratásemos de dormir. Ambas nos encontrábamos extenuadas; toda aquella tensión parecía haberse acumulado en mis miembros y mis párpados. Nos acostamos cada una en los tres asientos de cada lado. Apagué la luz *e* hicimos silencio.

Lo recuerdo bien. A los pocos minutos se oyó el silbato del tren y pasamos por un túnel, o un puente. Fue después de eso que escuché su voz: "¿Recuerda cuando le dije que en la estación sentí que ese hombre seguía mirándome..?" "Sí querida, lo recuerdo", le contesté. *"Aún lo siento",* dijo, y no sospeché que ésas serían sus últimas palabras.

45

PÁNICO EN LA ESTACIÓN

Ahora viene la parte más extraña de toda esta historia. El tren ya entraba a la ciudad cuando me desperté. Miré la hora; aún faltaban unos minutos para llegar, y tenía urgencia por ir al toilet. Ella estaba en la misma posición en que la vi cuando se acostó. Pensé en despertarla pero me dio algo de lástima, de modo que decidí hacerlo cuando el tren se detuviese. Parecía profundamente dormida, y aquélla había sido una noche terrible.

Abrí las cortinas de la ventanilla. Quería ver el día. Recordé las palabras de mi madre:
"el único alivio para una mala noche es ver la luz del día." Antes de abrir la puerta tomé

mi bolso, y también corrí las cortinas que daban al pasillo. Al salir tuve la impresión de estar en otro lugar; uno muy diferente del que vi la noche anterior. Crucé a una pareja de ancianos que no había visto y a la mujer con el niño en brazos. El niño continuaba dormido. A través de los vidrios podían verse las calles de la ciudad, y el movimiento de la mañana. El sol brillaba ese día, y, no sé por qué, sentí una particular alegría al ver a todas aquellas personas caminando, tal vez dirigiéndose a sus trabajos, a sus simples quehaceres cotidianos. “Ésta es la vida real” pensé. El cielo era de un azul intenso, y volví a recordar a mi madre. Suspiré. Sentía que las últimas horas habían sido sólo una pesadilla.

Antes de entrar al toilet vi cómo del vagón de literas comenzaban a salir pasajeros agolpándose en el pasillo, cerca de las puertas de salida. Terminaba de higienizarme cuando percibí que el tren se detenía. Me di prisa; aún quería retocarme el maquillaje y ya estábamos en la estación. Cuando salí, los pasajeros de los coches cama parecían haber inundado los pasillos del tren. La pareja de ancianos discutía algo sobre el equipaje. A sus pies dos enormes maletas obstruían el paso. Detrás de mí, dos niños se peleaban mientras una mujer trataba, en vano, de hacerlos callar. Al levantar el pie para sortear la maleta casi tropiezo con el hombre rubio que salía de su compartimiento. Masculló algo en otro idioma, parecía una disculpa, cuando reconocí, entre otras cabezas que esperaban junto al final del vagón, al sacerdote que había visto durante la noche.

46

Nuestras miradas se cruzaron, e inclinó su cabeza a modo de saludo. Los niños comenzaron a gritar nuevamente y llegué, finalmente, a la puerta del compartimiento. Apenas si lo puedo explicar; no me di cuenta enseguida, pero tal vez ya tenía la sensación de que algo era diferente, no encajaba...

“Ya basta Jimmy”. Ese grito me distrajo.

Tenía el picaporte en mi mano.

“¡Fue él, él me las quitó! Uno de los niños chilló, y en ese momento las vi:

Las cortinas estaban cerradas.

Fue breve, un instante en el que algo me decía que no abriera la puerta, pero no sabía qué. Hasta que aquel pensamiento me alcanzó como un relámpago, y aparté mis manos del picaporte. Él estaba allí dentro. No podía ser de otra manera. Las cortinas. Las había cerrado. A plena luz, sentí cómo mis miembros se contraían, y una horrible sensación de peligro pareció adueñarse de mi cuerpo. Abrí la boca para gritar, pero sólo escuché un sonido áspero que salía de mi garganta, yo... creo que hice un ademán señalando la puerta, pero alguien me empujó. El tren se había detenido. Un rumor de voces se alzaba mezclándose con los sonidos de la estación, y el corredor se había convertido en un atolladero de personas y maletas apretujándose para bajar. Debía salir de allí. De repente, a mi lado, el hombre del libro volvía a decirme algo en su idioma. En medio de aquella pesadilla recuerdo su imagen.

Sonreía, pero seguía empujándome. Me encontré frente al compartimiento vecino. Aquel tumulto parecía

47

desplazarse conmigo adentro, y de repente me encontré bajando los escalones.

Cuando pisé el andén, el suelo firme me hizo sentir segura por un instante. Podía correr. Correr. Ponerme a salvo. No sé qué pasaba por mi cabeza en ese momento, nunca sentí algo parecido, pero sí recuerdo esto: tenía que correr, salvarme. Me vi en medio de la gente, caminando, buscando la salida. Vuelve mi imagen subiendo la rampa, a la salida de la estación. El temblor de las piernas casi no me dejaba caminar, recuerdo que hacía un esfuerzo para controlarlas. Alcancé la calle. El sol daba en mi cara, pero el frío parecía entumecer mis sentidos y las lágrimas comenzaban a nublar mi vista. Detrás de mí, la estación; ese hombre no demoraría en salir, tal vez ya estuviese en la calle, buscándome. O quizás, pensé, ya me había visto y caminaba detrás de mí. Comencé, finalmente, a correr. Y nunca, nunca volví la vista atrás.

La señora Greenwold, sentada en el borde de su sillón, parecía algo perturbada, y permaneció un instante en silencio. Los rayos del sol, más débiles, formaban una blanca luminosidad sobre los cabellos de la anciana. Afuera, a través de los árboles, podían verse los campos bañados por la dulce luz de la tarde. De repente, como si volviese de otro lugar, miró a John. Y por primera vez en toda la tarde se mostró algo ansiosa:

-¿Le interesaría escribir esta historia?

John, apenas apoyada la cabeza sobre el respaldar,

permanecía absolutamente quieto, con una expre-

48

sión ausente, pero aquellas palabras parecieron volverlo a la realidad. Escribir... Ahora entendía. Casi había caído en la trampa. La anciana, como muchos aficionados a las novelas policiales, no había dejado de inventarse una historia. Y con el pretexto de que pertenecía a la vida real se las había arreglado para que él la escuchase. ¡Qué gran oportunidad!, pensó, "el vecino escritor de novelas policiales" tal vez se interesase en escribir su historia. Desde el principio algo le había olido mal, para creer en ese relato. Mientras lo escuchaba no había podido comprender por qué esa muchacha no saltó del tren apenas vio al sujeto en la estación. Tampoco había una verdadera razón para no acudir al guarda, aunque fuesen sólo sospechas; cualquier cosa era mejor que morir. Y más increíble aún era que la hubiese abandonado. Abandonarla por una extraña certeza de que el asesino estaba allí. No, aquella historia no podía ser cierta, tenía que ser un invento.

Pero un invento maravilloso.

-¿Señor Bland?

-Perdón... me quedé pensando en su relato.

La señora Greenwold sonrió, algo nerviosa:

-Y, ¿qué le parece?

-¡Vaya!, por momentos tuve la impresión de que escuchaba el capítulo de alguna novela... -dijo John sin expresión.

La anciana sonrió sin poder ocultar su satisfacción por el comentario. Parecía entusiasmada:

-¡Oh!, no lo creo, ya le dije, soy sólo una aficionada.

Además, es apenas una parte de la historia, sólo

49

una parte. Y ésa es la razón por la que se me ocurrió contársela. Verá, desde aquella noche siempre me he preguntado qué fue lo que sucedió, no sólo en el tren, sino antes... y después de ese viaje. Todos estos años he imaginado cientos de historias como fondo de esa noche terrible, de lo que sucedió -la señora Greenwold hizo una pausa y comenzó a hablar lentamente, como si meditase cada una de las palabras-. Tal vez le resulte un poco extraño, pero nunca quise saber si realmente se había cometido un crimen en ese tren. Tampoco hice nada por averiguar si en esa época sucedió algún hecho desgraciado en algún barrio de Londres, algo que pudiese tener alguna relación con lo que vio esa muchacha por la ventana. ¿Sabe?, al día siguiente tenía el periódico en mis manos, y decidí no abrirlo. No lo pensé, simplemente no lo hice. Y así fue al otro día, y los que siguieron. Sencillamente no podía, hasta que me di cuenta de que no quería hacerlo. Nunca dudé de ese crimen, pero necesitaba dejar un margen para poder continuar mi vida, ¿lo entiende? Usted pensará que es una tontería, o que soy una especie de fanática, pero aunque me fascinen las historias de crímenes, sigo siendo una inglesa que ha tenido una educación rigurosa, señor Bland. No me gustaría tener la certeza de que aquel día pude salvarle la vida a otro ser humano, y esa pequeña duda ha aliviado mi conciencia durante estos años. Ésa es la verdad, señor Bland.

-¿La verdad?

La señora Greenwold se mostró algo turbada:

-Así es -aspiró profundamente-, y me temo que

50
uno no puede cambiar los hechos -de pronto se mostró animada nuevamente-. Pero lo más importante no es saber qué sucedió realmente aquella noche en esa casa, ¿verdad? Ni en qué preciso lugar pudo haberse escondido nuestro asesino en el tren. Tal vez eso no haga falta pensando en usted, que es escritor -el rostro de la mujer se iluminó con una sonrisa-. ¡Oh señor Bland!, usted tiene una profesión maravillosa. ¿No le resulta una historia apasionante para una novela? Usted mismo dijo que le parecieron los capítulos de una novela. Piénselo, tal vez al fin consiga el éxito y deje atrás los fracasos. -Al escuchar esto John sintió un repentino odio hacia aquella mujer, que continuaba parloteando:

-¡Sería fantástico!, para mí también, claro, haberlo ayudado. Sí, podría ser muy interesante, yo misma he pensado otras cosas, si usted quiere...

¿Acaso esa vieja le había visto cara de idiota? No sólo pretendía hacerle creer el cuento del tren sino que ahora "su" historia le salvaría la carrera de escritor. Pensó que si la dejaba hablar un poco más seguramente escucharía el resto de la novela. Como si para tener éxito necesitase de las historias de una aficionada. Pero lo peor de todo, lo que de repente lo abrumaba y sentía que no podía perdonarle a esa vieja, era que tal vez tuviese razón. Aquellas escenas del tren eran formidables. Nunca había escuchado un relato tan vivido, tan plagado de intrigas y posibilidades. ¿Se le ocurrirían a él cosas así alguna vez?

51
-Señora Greenwold... -John, como si no hubiese escuchado aquella propuesta, dijo:- Creo no entender muy bien por qué usted simplemente se fue. Permítame decirle que me resulta un tanto inverosímil.- Éstas palabras sonaron como si hubiese dicho: "infantil" La señora Greenwod lo miró:

-Le haré una pregunta, señor Bland: ¿Puede decir qué sería capaz de hacer usted si siente que la muerte está cerca, que su propia muerte se ha transformado en una posibilidad concreta? Tal vez no sepa lo que es eso, sentirse amenazado, perdido... Verá, no es que intente justificarme, sé perfectamente que mi huida fue algo cobarde, aborrecible si usted quiere; en ese momento no lo pensé, no pude, pero después lo entendí. Era absolutamente necesario que huyese. ¿Acaso no lo ve?

John frunció el ceño:

-Pues, la verdad... -John trató de sonar desinteresado.

-En la estación actué por instinto, no pude hacer otra cosa, como un animal que huye ante el peligro. Supongo que simplemente me dejé conducir por el miedo y le aseguro que de no ser así tal vez no estaría viva en este momento -en ese punto hizo un silencio.

Adelantó su cabeza y comenzó a hablar en voz más baja-. Escuche: sé cuándo alguien está durmiendo y,

créame señor Bland, esa chica estaba profundamente dormida cuando la dejé para ir al toilet. Debe coincidir conmigo en que nadie, excepto ese hombre, querría entrar a un compartimiento donde alguien duerme y

52
cerrar las cortinas cuando el tren ya ha llegado a destino. Era el momento más adecuado para matarla. Recuerde, el tren no tenía paradas. El asesino sabía que no podría bajar hasta Edimburgo. ¿Cómo exponerse todas esas horas a que alguien descubriera el cadáver, y con él aún arriba del tren? Lo mejor era hacerlo a plena luz del día, en medio del alboroto de la llegada y... en el único momento en que su víctima estuvo sola. ¿Entiende? Ese hombre había estado vigilándonos todo el tiempo, y por lo tanto *me había visto.* Si entró al compartimiento cuando fui al toilet es porque me vio salir de allí esa mañana, y seguramente también la noche anterior, cuando recorría el tren. No sé cómo, pero él estuvo ahí, en alguna parte, acechando desde algún lugar. Debió suponer que la muchacha acababa de contarme toda la historia. Una historia que podía serle muy peligrosa, aunque no supiera exactamente qué vio Julie por la ventana. No era extraño que adivinase mis intenciones de saber si estaba él allí. No

había otra razón para que yo saliese de nuestro compartimiento para fisgonear por todos los compartimientos. Y al hacerlo, era porque tenía su descripción. ¿Lo comprende?

No sólo lo conocía, sino que ahora para él *éramos los únicos seres que sabían lo que sucedió en esa casa, el día anterior.* No sé si puede ver cuál era la situación, señor Bland; había otro testigo ahora: yo misma. Y tenía que ser su próxima víctima.

VIVIR EN EL CAMPO NO CAMBIARÁ LAS COSAS

La tarde caía. En la habitación, todavía alejadas de las ventanas, las sombras parecían ocupar el espacio desde el fondo de la casa, opacando con la lentitud del atardecer los contornos de los muebles y los libros. Afuera se extendían disciplinadas por los últimos rayos del sol y hacían perder, casi inadvertidamente,

todos los contrastes en un verde difuso, aterciopelado, cada vez más oscuro.

-Tal vez ese viaje haya sido toda una experiencia para usted... pero debo decirle que es apenas una anécdota.- John dijo esto en un tono vago, impersonal, que reservaba para su más venenosas sentencias. -Y perso

nalmente no me resulta muy atractivo para escribir algo sobre eso, lo siento.

La anciana, que hasta ese momento le sonreía expectante, por unos segundos mantuvo la misma expresión hasta que, finalmente, la decepción se dibujó en su rostro:

-Oh, realmente lo lamento, yo pensé... que podía resultarle de algún interés.

John vio que el humor de su anfitriona a todas luces había cambiado. Tal vez para disimularlo, ella se levantó y encendió una lámpara que se hallaba en una mesa justo detrás de John. Lo hizo en silencio. Después, antes de sentarse nuevamente, colocó otro leño en el hogar. Todo esto duró casi medio minuto, y parecía despreocupada cuando dijo:

-Sí, claro... esto es apenas una anécdota. Seguramente la idea para su próxima novela es más interesante, ¿verdad?

-Eso espero, al menos tengo la impresión de que podría ser una buena historia -dijo con falsa modestia. Y con la última palabra, John recordó que ella ya le había hecho esa pregunta. Y que él había respondido que no. Ahora, muy hábilmente, la hacía de nuevo. Y esa pequeña trampa lo hizo quedar como un imbécil. No pudo disimular una mirada furiosa. Era una mujer lista, sin dudas...

-¡Oh!, sabía que la tenía. Por favor, sería un gran honor para mí escucharla, señor Bland -la voz era dulce, como siempre, aunque a John le sonó como una orden.

Sin embargo John no se inmutó. Sonrió de una manera en que no lo había hecho hasta ese momento, y pensó:

"¿Quieres la verdad?, bien... te diré la verdad".

Pero antes de pronunciar una palabra, hizo algo extraño: se levantó, tomó el atizador que estaba a un costado del hogar, y removió casi innecesariamente la pequeña fogata mientras decía:

-No me gustaría demorarla demasiado. Tal vez usted espera a alguien.

-Oh no, temo .que recibo muy pocas visitas, yo...

La anciana lo miraba algo sorprendida. John colocó otro leño y volvió a su asiento. El atizador permanecía aún en su mano izquierda:

-Comenzaré desde el principio. ¿Sabe?, la tarde en que vinimos a conocer la propiedad pasamos por este camino y vi a una mujer mayor en el jardín. Era usted, es decir -hizo una pequeña pausa-... *yo sabía que aquí vivía una mujer.* Y hoy, mientras subía para llegar hasta aquí, me percaté de que su casa era la única, aparte de la mía, en este lugar. Y fue entonces que sucedió.

-Le confieso que desde ese momento estoy preguntándome

qué historia es ésa, que usted prefirió no
contar.

John sonrió:

-Bueno, está bien. Quiero advertirle que es apenas la idea central, y se me ocurrió a partir de nosotros, quiero decir, un matrimonio joven que tiene como única vecina a una anciana. Claro, no todo se corresponderá a

57

esta situación, ni siquiera a nosotros mismos, porque al contarlo necesitaré deformar muchas cosas, inventaré otras... Pero por lo pronto digamos que algunas circunstancias de la realidad me darán una mano para empezar.

Comenzaré diciendo que soy el que soy: un escritor.

Supongamos que soy, también, algo mediocre. Un escritor mediocre que sabe que nunca ganará mucho dinero, ya sea porque no tiene el talento suficiente o porque las historias que escribe pertenecen a un género agotado que ya no le interesa a nadie. Este escritor, o mejor, yo -John hizo una pausa, miró a su interlocutora, y sin sacarle los ojos de encima, sonrió-. Si usted me permite hablaré en primera persona, ¿sabe?, me resultará más fácil, porque así fue como lo pensé, y mi personaje... por el momento no es otro que yo mismo.

-Oh sí, por supuesto -dijo entusiasmada la señora Greenwold.

-Bien, habría que hacer un poco de historia para empezar... -encendió un cigarrillo, y, entrecerrando los ojos, comenzó:- digamos que me casé con una muchacha que en pocos años heredará una fortuna, nada exorbitante, pero que me permitirá vivir sin la necesidad de dedicarme a otra cosa. Usted sabe, en el mundo real no se puede vivir con las regalías de un par de novelas sin éxito, y realmente lo único que sé hacer es escribir. Todo fue bien durante el primer año.

Nunca estuve enamorado de mi mujer, pero era una muchacha simpática, que por alguna razón me admira-

58

ba. Después comenzaron algunas desavenencias... intrascendentes, al principio. No le di importancia. Pensé que era lo habitual cuando una pareja comienza a convivir, usted sabe. Pero la cosa parecía ir más lejos. Ella pasaba mucho tiempo fuera de la casa. Esas desapariciones, y una creciente irritación por cualquier cosa que yo pudiera hacer o decir, me alarmaron. No me desesperaba el hecho de que ya no me amase, por la sencilla razón de que yo tampoco la amaba. También podía soportar la aspereza de nuestra vida en común, siempre que yo pudiera seguir escribiendo. Pero sus ausencias eran cada vez más frecuentes, y eso sólo podía significar una cosa: había otro hombre.

Decidí disimular mis sospechas. Traté de ser más dócil y amable en la casa, y ya no le preguntaba nada cuando ella salía. Tenía la esperanza de que lo que parecía ser una aventura se muriera en un tiempo más o menos breve, como corresponde a una aventura. Toleraría todo lo necesario para poner paños fríos en el matrimonio, que era mi única posibilidad de vivir más que dignamente el resto de mi vida aunque no vendiese una sola de mis novelas. Sabía que en ese momento cualquier discusión podía precipitar en lo único que no quería, o que no podía permitir: separarme de Anne.

Mi estrategia funcionó por un tiempo. Nuestra vida en común se hizo, a mi costa, más fácil. Sin embargo sus salidas continuaron. Después enfermó el padre –un hombre que, debo decirlo, nunca me quiso- y comenzó a llamarla para que lo acompañara cuando le sobrevenían pequeñas crisis debidas a una afección cardíaca

59

que en no mucho tiempo -ya lo dijeron los médicos lo harán dejar este mundo. Así fue como Anne comenzó a estar con él, una o dos noches a la semana. Fue en una de esas noches, una como las otras, que decidí seguirla. Algo en su modo de salir de la casa, una cierta emoción que yo le conocía, me hizo saber que no era su padre a quien vería. Era muy fácil corroborarlo; bastaba una llamada telefónica para saber si

se encontraba allí. Pero eso era justamente lo que yo no quería; verme obligado a pedirle explicaciones, dejar abierta la posibilidad de la confesión de una mujer enamorada y, usted sabe, en esas discusiones la palabra divorcio puede pronunciarse muy fácilmente. Pero tenía que saberlo. La acompañé hasta la puerta del edificio y ni bien partió tomé un taxi que la siguió hasta el Soho, donde se detuvo en una esquina. Él la estaba esperando exactamente allí. Era un muchacho alto que se subió al auto y la estrechó entre sus brazos. ¿Sabe?, una cosa es sospecharlo con cierta certeza, más aún, saberlo; y otra muy diferente es estar viéndolo con los propios ojos. Los dos parecían como enloquecidos adentro de ese auto, créame, fue como mirar una tragedia, aquello que cambiaría el curso de mi vida. Me sentí absolutamente impotente y tuve, por primera vez, mucho miedo. Esa noche cuando volví a casa no pude dormir. Sabía que cualquier cosa que hiciera para salvar nuestro matrimonio sería inútil. Nunca, ni en los primeros tiempos, había visto a Anne así, como esa tarde dentro del auto. Esa chica estaba perdidamente enamorada, y me arrastraba a mi propia perdición.

La idea de vivir en el campo era un viejo proyecto que teníamos desde que nos casamos. De modo que decidí llevarlo adelante. No iba a dejar escapar la oportunidad de alejarla de Londres. Creí, supongo, lo que creen todos los maridos; que la distancia les haría todo más difícil a los amantes... hasta que todo terminase, o algo, cualquier cosa que pudiera pasar era preferible antes de ver cómo mi matrimonio se derrumbaba. Fui un iluso. Hoy mismo, apenas si acabábamos de entrar a la nueva casa, “su padre” la llamó por teléfono. Atendió ella. Y ésa es la razón por la que está en Londres ahora. Seguramente con él. Ni siquiera le importó que su propia ropa esté en canastos, por ahí. Nada cambiará. Desde aquí, todo le será más fácil aún. Ahora la distancia justificará las demoras, prolongará sus ausencias... y eso explica por qué aceptó tan fácilmente mi propuesta de mudarnos aquí, a Chipping Campden. Como verá, fui un idiota.

John hizo un pequeño silencio antes de continuar:

-Necesitaba hacer algo que terminase con este asunto para siempre. Pero no sabía qué. No encontraba ninguna salida. Pero, como sucede siempre que estamos desesperados, algo ocurre.

Hoy descubrí que los únicos seres vivientes en este lugar encantador somos nosotros y... usted. Y la idea acudió, por así decirlo, casi sin buscarla; por pura obra de las circunstancias. Mientras cruzaba su jardín no sólo supe qué era lo que iba a escribir, sino que esa escena, yo mismo entrando a su casa con la

repentina felicidad del escritor cuando encuentra una idea, ya era parte de la novela; y yo su protagonista. Porque todo comenzará así: un hombre que tiene por costumbre visitar a sus nuevos vecinos llega a la casa de una anciana absolutamente desconocida. Él mismo no sabe, hasta que llama a la puerta, que ha decidido matarla.

UNA NOVELA HA COMENZADO

Debo confesarle que la mía es una sensación extraña. Como sentir que aquello que inventé, de alguna manera, ya ha comenzado.

John miraba hacia la ventana. Algo en su voz sonaba diferente:

-Esperaré la noche. Nadie me vio llegar aquí, y nadie me verá salir. Llegado el momento

la muerte deberá ser violenta. Tendré que forzar una entrada, también, y borrar todas mis huellas, que sólo se encuentran en esta taza... y en el atizador, claro.

Hizo un pequeño silencio en el que, de reojo, miró el rostro de la anciana:

-Cuando llegue a mi casa Anne no estará porque, usted lo sabe, se encuentra en Londres con su amigo. Entonces ensayaré lo que diré a la policía de lo que sucedió esta tarde, cuando me lo pregunten: al irse Anne, después de un rato decidí tomar una siesta. Me sentía muy cansado, y el trajín de la mudanza hizo que me quedase dormido casi toda la tarde. Yo tengo el sueño pesado, mi mujer lo sabe, y tal vez fue ésa la razón de que no escuchase los golpes en la puerta, o el teléfono. Es muy poco probable que alguien se haya apersonado en mi casa, o que el teléfono suene mientras estoy aquí. Sólo un par de personas saben el número, y hace apenas dos días ésa era una casa deshabitada. ¿A qué hubiera querido ir alguien allí? Pero debo tomar las precauciones del caso. Le hablaré por teléfono a un amigo que vive en Londres para recordarle una cita que tenemos pendiente la próxima semana: “Oh, Dan, pensé que estarías... llamaba para recordarte la reunión de la semana próxima, por favor, no te olvides. Te hablo desde la nueva casa. Tendrías que ver esto, es maravilloso, y a juzgar por todo lo que dormí esta tarde descansaré muy bien aquí..”. Será un comentario casual, claro, lo importante es que mi amigo de seguro no está y ese mensaje quedará grabado por un tiempo. Al cadáver lo hallarán al día siguiente. Durante la pesquisa, el primer lugar al que irán es -seguramente- a la casa más próxima. Estaré escribiendo o acomodando aún los muebles. Harán todas las preguntas y yo les diré que estuve dentro de la casa todo el día. Sólo después de que insistan, recordaré que en un momento, mientras

64

estaba en la cocina, vi a un hombre que parecía un jardinero, caminando cuesta arriba. Y ellos tendrán un sospechoso mucho más confortable que yo: una persona normal y decente que acaba de mudarse y ni siquiera la conoce. ¿Qué motivos tendría para matarla? Hasta aquí no habrá mayores dificultades. Buscarán, inútilmente, al hombre que describiré. Después de un tiempo, apenas el necesario para que mi suegro finalmente muera, la víctima será mi esposa. Pero en ese tiempo mi relación con ella mejorará. Seré lo que nunca he sido: un esposo enamorado, y tendré -me encargaré de ello- testigos del buen momento que estábamos pasando con Anne. Claro, no durará mucho. Sólo hasta el día del asesinato, en que repetiré lo que se da en llamar el *modus operandi:* y será, como la suya, una muerte violenta. Pero con una diferencia: para todo el mundo estaré en Londres ese día. Yo tengo una forma de probar eso. Es algo complicada, pero existe. Y esa coartada es la que me borrará de toda sospecha. Por un

tiempo, claro, buscarán al misterioso asesino de Chipping Campden... -se detuvo un momento para encender un cigarrillo. Dio una pitada, miró hacia el piso y sonrió apenas: -Habrá otros personajes, y un detective que deberá complicar un poco las cosas, claro. ¿Sabe?, lo curioso es que en la ficción el asesinato debe ser algo complicado, y en eso no se parece a la vida real. Si yo la asesinase a usted esta tarde, por ejemplo, ¿cree realmente que podrían descubrirme? ¿Sabe usted cuántos crímenes cuyo autor se desconoce hay por año? Le aseguro que la cifra es escalofriante. Seamos sinceros,

65

cometer un asesinato no es algo muy difícil, además... los detectives verdaderos no son nuestros excéntricos e hiperinteligentes héroes de las novelas. No señora. La gente no quiere asesinatos reales para leer. Son aburridos y nos recuerdan lo vulnerables que somos al crimen de todos los días, o si no piense en usted misma esta tarde. Un absoluto desconocido llega y usted lo hace pasar. Él podría matarla y después simplemente desaparecer. No hay motivo, conexión alguna y nadie lo vio llegar. Eso no parece una novela. Eso no divierte, ¿verdad? La señora Greenwold soltó una risa nerviosa y miró rápidamente hacia la puerta, después en dirección a la cocina y finalmente a su vecino:

-Creo que hace demasiado calor aquí... me siento un poco mareada, me temo. La idea de su novela resulta un tanto perturbadora, ¿no cree? No deja de alegrarme que se trate de una novela.

Pero John permaneció en silencio.
La anciana, en un tono que sugería el final de la visita, dijo:
-Es tarde...
-Sí, es casi de noche.
Ella ya estaba de pie. Pero John continuó:
-La verdad es que no creí pasar una tarde tan agradable. ¿Sabe?, no todos los días uno conoce la gente adecuada para conversar sobre estos temas...-y continuó con un tono firme:
-Le confieso que me encantaría tomar otra taza de té.
66
La señora Greenwold quedó inmóvil. No contestó. Una débil sonrisa no parecía borrarse del rostro de John:
-Por supuesto, si no es una molestia -su cuerpo parecía clavado al sillón.
-Claro -contestó la anciana con un tono vacilante, y con la mirada huidiza, como si quisiese posarla en algún lugar de la estancia y no supiera dónde- ...demoraré un minuto.
Volvió a desaparecer tras la puerta por donde lo había hecho antes. John se levantó rápidamente y se acercó a la ventana. Vio las últimas luces del día que oscurecían las siluetas de los árboles, y, detrás, la bruma blanca que se levanta junto al crepúsculo y corre entre los campos con la última claridad. Más arriba, el cielo tenía ese azul que precede a las primeras estrellas. Una oscura sonrisa pareció dibujarse en su rostro. La señora Greenwold regresó con la misma bandeja para apoyarla, otra vez, sobre la mesa. John se encontraba ahora nuevamente sentado confortablemente en su sillón. Ninguno de los dos dijo nada en ese momento. Sólo se escuchaba, muy débil, el crujir de las ramas en el fuego. Cuando levantó la tetera de plata para servir el té, ambos se vieron reflejados en ella: John, que había dejado de sonreír, la miraba. Del otro lado, el semblante de la mujer se veía algo tenso, receloso, aunque trataba de disimularlo:
-He pensado en su novela, señor Bland -la anciana vio el atizador y también vio la mano de John,
67
que caía distraídamente sobre el mango torneado.-¿Sabe?, no me extrañaría que tuviese éxito, parece una buena historia.
-Creo que todo resultará bien.
-Sí, yo también lo pienso. Aunque no dejo de creer que aquel episodio del tren es muy interesante, también. ¡Oh!, no se preocupe -la mujer hizo un gesto con la mano-no le pediré que lo tome en cuenta, sólo...
-calló un instante, como si no encontrase las palabras para seguir:
-Escuche; usted se ha sincerado conmigo y me ha dicho cuál es la idea de su novela. Siento que debo hacer lo mismo, yo... debo confesarle algo.
John la miró atentamente:
-¿Sí?
-Mire, si usted se mostraba interesado en aquello que sucedió en el tren yo pensaba, después, contarle algo que imaginé... sobre aquel día. ¿Recuerda? Yo dije que me hubiese gustado conocer la historia de fondo de aquella noche espantosa, qué había sucedido antes, quién era ese hombre...-hizo una pausa-. La verdad es que yo también inventé una historia. Y bueno, usted sabe, se me ocurrió que bien podría servir para una novela. He escrito algunas páginas sueltas, pero temo que no es tan fácil como pensaba y...
-Creyó que sería una buena idea que yo lo hiciese.
-John le completó la frase.
-Pues sí, y le pido disculpas. Yo... quisiera que la escuche, ahora. Usted dijo que aquello era apenas una anécdota, y que no le había interesado ese relato. Per-
68
mítame que le cuente toda la historia, no sólo aquello que viví, también lo que imaginé.

John la miró algo sorprendido.
-Oh, por favor señor Bland, creo que tenemos tiempo.
-Entonces no hay problema- John bebió el último sorbo de la taza, encendió un cigarrillo, y oyó el siguiente relato:
69

UN HOMBRE EN QUIEN CONFIAR

Imaginé que aquella historia podría haber comenzado una tarde, una tarde cualquiera, en Londres. Eran las cinco, o las seis, una de esas horas en que la gente parece apretujarse en todos los lugares de la ciudad, las calles, los pubs, el metro... Entre toda esa gente, entre esos rostros indiferentes, veo el de una mujer. No parece muy joven, ni muy distinguida, pero tiene un aspecto natural, agradable. Trabaja en una oficina, o probablemente en alguna tienda de Bond Street. Es un trabajo como cualquier otro, tal vez algo rutinario, pero ella no se queja, quiero decir, nunca ha sentido que las cosas podrían ser diferentes.

Esa mujer, que imagino algo solitaria, no tenía motivos para sentirse infeliz, o nada parecido. No porque su vida fuese algo extraordinario, sólo era del tipo de las que ni siquiera piensan en ello. Pero, a diferencia de otras, no esperaba conocer a alguien, casarse, y con el tiempo tener hijos. Sentía que el amor, el romance, no eran para ella. Había conocido algunos hombres en su vida, pero siempre una razón hacía que todo intento en este sentido fracasase: ella no creía en los hombres. Sencillamente no podía confiar en ellos. Tal vez tenía poderosos motivos para que esto fuese así, motivos que habría que buscar en su pasado, pero el caso es que con el tiempo su historia comenzó a parecerse a la de cualquier mujer cuyo destino fuese la soltería.
Hasta esa tarde.
Se había sentado en una pequeña plaza, en Berkeley St. No estaba pensando en nada en particular, tal vez sólo descansaba un momento antes de tomar el autobús que la llevaría a su casa, cuando ocurrió algo que cambiaría su vida por completo.
Un hombre vino a sentarse en el otro extremo del banco.
Ella no volteó, pero después de unos instantes se percató de que aquel hombre la estaba mirando. Y ya había decidido irse, cuando escuchó su voz:
-Es increíble.
Ella giró la cabeza. Y lo primero que vio fueron sus ojos. Los ojos de aquel hombre la contemplaban
de una manera muy especial. No había nada oscuro ni
72
temible en ellos, al contrario; la miraba como si ella fuese una niña, y percibió, a su vez, que él jamás podría hacerle daño. Sentía que algo dentro de sí se movía, una emoción antigua, como si hubiese reencontrado algo hermoso que no veía hace mucho tiempo.
-¿Perdón? -ella no pudo evitar una sonrisa.
-Discúlpeme, no quiero importunarla, sólo decía que es increíble la luz, a esta hora. ¿Ve usted aquel edificio? Si lo mirase dentro de, digamos... veinte minutos, no lo reconocería. La luz le cambiará las formas, se nos mostrará mucho más severo, los bordes tendrán otro relieve, algunos ornamentos desaparecerán. Y sin embargo, será el mismo.
-¿La luz?
-¡Oh sí!, la luz... la luz no solamente ilumina, ¿sabe?
Actúa todo el tiempo, sobre las formas, los lugares, nuestros estados de ánimo. De todas las cosas invisibles la luz es la que mayor influencia tiene sobre nuestras vidas, de eso estoy seguro.
-¡Oh!...

El hombre amplió su sonrisa. Parecía la sonrisa de un hombre bueno; franca, seductora... cuando extendió una mano hacia la mujer:

-Permítame presentarme: mi nombre es Barnes, Robert Barnes.

Ella pareció titubear, y mientras alargaba su mano volvió a mirar los ojos de aquel hombre. Sí, tal vez pudiese confiar en ellos.

73

Desde ese momento y en las horas que siguieron esa tarde, un sentimiento extraño hizo que toda la vida pareciera concentrarse en aquella mirada, ese rostro, esa boca que sonreía...

'Amor a primera vista", le había dicho a su tía cuando le habló por teléfono, una semana después. Pero se arrepintió. Ahora la llamaba todo el tiempo preguntándole por su noviazgo. Su noviazgo... No podía decirle que Robert estaba casado, sencillamente no podía. No porque fuese un problema, no lo era, no para ellos, pero su tía no lo entendería. Él se lo había dicho aquella misma tarde, y creía que también por eso lo amaba: "no te ocultaré nada, así son las cosas. Si quieres me voy y haremos de cuenta que no nos conocimos". Todo había sido tan rápido... sus palabras, aquel roce en el molinillo de la tienda que visitaron, sus rostros casi pegados cuando alguien la empujó, su respiración... y el beso. ¿Cómo hacer de cuenta que no se habían conocido? Si tenía la impresión de que sus treinta y cinco años sólo habían servido para conocerlo a él, esa tarde. Y para ninguna otra cosa.

La pasión lo cambia todo, es verdad. En primer lugar, sintió que comenzaba a vivir; como si lo anterior

hubiese sido un sueño largo y aburrido del que ahora despertaba. Ahora estaba él. Y había llegado para que ella supiera exactamente lo que quería en este mundo; para que todo, finalmente, tuviera un sentido. ¿Cómo había podido vivir, antes de Robert? ¿Cómo había sido

74

su vida sin los brazos de Robert rodeándola, mientras ella sentía, al fin, que nada malo podría sucederle? Él estaría allí, protegiéndola, queriéndola todo el tiempo. Robert no era, de más está decirlo, feliz en su matrimonio. Un romance de verano en Brighton Rock, hacía ya más de veinte años, lo había lanzado a la promesa de una vida de felicidad con aquella muchacha. La conoció en un concierto al aire libre, una hermosa tarde de julio. Helen no era bonita, pero sí era vivaz, algo atrevida, y rica. Sin embargo, no fue esto último lo que lo llevó al matrimonio. Fue la sencilla ilusión del enamorado; sólo eso le hizo pensar que con tantas diferencias podrían ser felices.

Podría decirse que desde niño Robert era pintor, y sólo parecía hacerle frente a aquello que se interpusiera entre él y su vocación. Por lo demás, siempre fue un muchacho inseguro, dócil y algo tímido. Desde su juventud gozaba de cierta fama, y algún talento. Pero no el suficiente para mantener a su esposa, no de la manera en que estaba acostumbrada. Y ella lo sabía. Lo había sabido siempre. Pero se casaba con un artista. Un artista de renombre. Y eso era, para la hija de un granjero de Llanidloes, algo más que tener dinero. Compraron una casa en Hamsptead, donde vivían cuando se encontraban en Londres. Después de los primeros años de matrimonio, los viajes eran cada vez más frecuentes; hasta que no alcanzaron a disimular el infierno en el que parecía convertirse esa unión.

Una existencia plagada de frivolidades y un profundo

75

hastío no sólo hicieron de aquella muchacha extrovertida una mujer agria e insatisfecha, sino que, lenta e implacablemente, la atrajeron a un nuevo hábito: el whisky. Y en esos momentos sólo alguien como Robert podía soportarla.

Las pocas veces que él había insinuado la idea del divorcio aquello terminaba en un escándalo. Por alguna oscura razón ella necesitaba tenerlo allí, a mano, para dar rienda suelta a todas sus locuras y ansiedades. O tal vez lo amaba, a su manera.

El día anterior al crimen Robert se encontró con su amante. Fue el último encuentro, antes de que se precipitaran los hechos. Allí, tal vez, tuvo lugar este diálogo:

-Es necesario que hables con ella.
-Tú no la conoces...
-Pero no podemos seguir así, ¿no lo entiendes?
-¡Oh, sí...!, claro que lo entiendo, créeme, nadie más que yo quiere eso, pero...
-Robert -lo interrumpió- yo confié en ti, me dijiste que todo se solucionaría, me prometiste...
-Sí querida... es cierto, pero debemos esperar, te repito, no sabes cómo es ella...
-¡No me importa cómo es ella!, y tú lo sabes.
Él la miró:
-Sí, lo sé. -Volvió la vista hacia otro lado-. Mañana le hablaré.
-¿Mañana?
-Sí, mañana.

MUCHO MÁS LOCA QUE TÚ

Al día siguiente llovió durante toda la mañana. Después del mediodía las nubes se disiparon
mostrando un cielo azul, absolutamente limpio. Y un calor bochornoso se extendió sobre la ciudad. Brotaba de las calles, de las aceras, y parecía adueñarse de todas las casas, de todos los rincones donde hubiera alguien que respirase. Desde el almuerzo, Robert había permanecido en su atelier, sin trabajar. No había tocado un pincel en todo el día. Cerca de las seis bajó a la cocina para prepararse un té. La casa estaba en silencio. Helen dormía.

Tenía la taza en la mano cuando la campanilla del teléfono lo sobresaltó.
-¿Hola?
-Robert.
-Querida... no debes llamarme aquí...
-Lo sé, pero necesitaba saber. ¿Hablaste con ella?
-Lo siento, eso... no es posible, no ahora.
-¿Cómo?, Robert, ayer me dijiste...
-Lo sé, lo sé, compréndeme... hoy ha estado enferma, anoche tuvo una de sus noches, ha dormido
casi todo el día.
-Robert, ella se emborracha *todas* la noches.
-Tienes razón, pero ahora no puedo hacerlo. Te prometo que lo vamos a solucionar, confía en mí. En la línea se escuchó un silencio.
-¡Oh!, quisiera confiar pero... tal vez no pueda, tal vez estés mintiéndome y...
-¡No! ¡Por favor, no digas eso! ¡Tú eres lo único que tengo, mi única esperanza!
-Robert -la voz de la mujer sonó diferente-, ¿me amas?
-Claro que sí.
-Es todo lo que necesito saber. Confía tú en mí.
Al decir esto último se escuchó un clic del otro lado.
¿Qué había querido decir con eso? La última frase de la mujer le quedó dando vueltas mientras
tomaba los primeros sorbos de té. Distraídamente, a través de la ventana atisbo el cielo. Unas pesadas nubes presagiaban la tormenta. *Confía tú m mí.* ¿Qué dia-

blos había querido decir con eso? Cada vez que llevaba la taza a la boca sentía que la transpiración le brotaba de la frente, podía sentirla, y en la espalda, convirtiéndose en algo pegajoso entre él y la ropa. De pronto sintió que se sofocaba, y unos deseos repentinos de tomar un trago. Fue a la sala y abrió las puertas del bar. Sacó una botella de scotch, y estaba por abrirla cuando escuchó un ruido de pasos, arriba. Ella

se había levantado. Guardó la botella nuevamente y cerró el pequeño mueble tratando de que la puerta no crujiera. No quería tomar en su presencia, no tan temprano.

-Robert, ¿qué hora es?

La voz sonaba algo cavernosa, trasnochada. Robert se dio vuelta y la vio bajar las escaleras. Helen vestía ropa de cama, y su cabello estaba revuelto. Antes había sido esbelta y muy elegante. Nunca fue hermosa, pero ahora parecía una mujer de mala vida que envejeció de golpe. Descendía muy despacio, apoyándose disimuladamente en el pasamanos:

-Escuché el teléfono, ¿quién era?

-Número equivocado.

-Lástima. Sería bueno que alguien nos llamara invitándonos a una fiesta.

-Hace tiempo que ya nadie nos invita a una fiesta

-las palabras de Robert dejaron oír un leve tono de reproche. Ella se detuvo y lo miró un momento antes de desplomarse en un sillón.

-Si tú lo dices...

79

Robert se levantó y fue hasta la cocina. Desde allí se escuchó la puerta de la heladera y, un segundo después, su voz:

-No has cenado... ¿Quieres comer algo?

-No, gracias -Helen había posado su mirada en el bar. Pero casi al instante volvió la cabeza hacia otro lado, como si no quisiera tener esa visión frente a sí. Ella tampoco quería empezar a tomar tan temprano.

Permaneció sentada, pero volvió a girar la cabeza.

Ahora de nuevo miraba el bar.

-¡Maldita sea, Robert!, ¡es que acaso no piensas decirme la hora!

Más tarde, ya casi anochecía, la escena había cambiado. Una lámpara al lado de la escalera era, con el último resplandor del día que entraba por las ventanas, la única luz en la sala. Helen se hallaba recostada sobre un pequeño diván. En el suelo, un cepillo que había dejado caer después de un intento de peinarse, y en su mano, un vaso de whisky. La botella estaba sobre la mesa, al alcance de su brazo.

-¿Sabes?, me gustaría bailar un poco. Anda, pon la radio, ¿quieres?

-No querida, hace demasiado calor todavía, así estamos bien. Más tarde, a lo mejor -Robert hojeaba una revista de barcos, que no le interesaba.

-¡No!, ¡así *tú* estás bien, no yo! ¡¿Cómo puedes saber lo que yo siento?! -su voz era chillona.

Robert levantó su mirada de la revista y volvió a posarla sin decir una palabra.

80

-Te hice una pregunta, Robert -Helen arremetió.

Pero no hubo tiempo para escuchar la respuesta.

El llamador de la entrada había sonado.

En los instantes previos a ese momento, ella se acercaba a la casa con paso decidido, aunque algo tenso. Las nubes estaban tan bajas que parecían a punto de caerse, y en esa calle el olor que precede a la lluvia se mezclaba con el que despedían las madreselvas de los jardines. Se detuvo justo en la entrada del jardín y vio una pequeña luz encendida en la sala. Las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer y escuchó, en algún lado, una ventana que se cerraba. La calle estaba desierta.

Presionó el llamador.

-¿Tú?

-Sí, Robert.

-Pero... ¿qué haces aquí?

-¿Quién es, Robert? -la voz se escuchó desde atrás.

Robert susurró suplicante:

-Por favor, ¡vete!

-No. Se lo diremos juntos, no podemos seguir así.

-¡Robert! -la voz se acercaba cada vez más en dirección a la puerta.

-No es nadie, sólo... -Robert comenzaba a responderle cuando vio que su esposa se había detenido justo detrás de él. Y apoyaba una mano en su espalda.

81

-¡Vaya!, ¿y quién es esta señorita?

Tras la pregunta se hizo un silencio en el que nadie parecía saber exactamente qué decir. Fue entonces que la expresión de Helen cambió:

-Robert, ¿vas a decirme quién es esta mujer?

-Se lo diré yo misma, Señora Barnes. Yo... he venido a hablar con usted. Tengo... tenemos algo que decirle.

-Dicho esto empujó la puerta y simplemente entró.

En ese momento la lluvia comenzaba a descargarse torrencialmente. Ante la mirada atónita de Helen, ella se paró en la mitad de la sala. Llevaba un pequeño bolso de mano que apoyó en el suelo y miró a su anfitriona. A ésta la boca se le abrió para decir algo, pero evidentemente aún no podía reaccionar. Robert cerró la puerta lentamente.

-Lo que vine a decirle es muy breve: Robert y yo nos amamos, y vamos a casarnos. O lo que fuere. Él no quiere lastimarla, yo tampoco, pero no esconderemos nada, esto no es algo pasajero.

Helen no podía creer lo que estaba escuchando.

-Y también quiero decirle -ella continuó- que...

-¡Oh...! -la exclamación la interrumpió- ¿Hay algo más? -la voz de Helen destilaba un tono malicioso e irónico. Helen había reaccionado.- ¡Cuéntanos por favor!, Robert y yo estábamos un poco aburridos esta tarde, ¿verdad Robert? -se dio vuelta y miró a su esposo. Sus ojos brillaban de ira, pero sonreía. Robert levantó su vista del suelo y sin mirarla dijo:

-Por favor, Helen...

-Después hablaremos Robert -y se volvió hacia

82

la recién llegada-. Decías que te revuelcas con mi marido y... no sé qué más.

-¡No!, ¡yo no dije eso!, ¡dije que nos amamos!

-¡Oh, claro...! Lo olvidaba, el amor... -atravesó la habitación y fue directo a la botella de scotch-. Pues la verdad es que... -por un momento su voz pareció quebrarse mientras llenaba un vaso- no esperaba esto.

Con la última palabra se llevó el vaso a la boca y no lo soltó hasta que estuvo vacío.

-Señora Barnes, no he venido aquí a ofenderla, yo sólo...

-¡Me importa un bledo a qué ha venido usted a mi casa! ¡Sólo largúese!

-Helen, por favor... -Robert se acercó a ella y le tocó levemente el hombro.

-¡Tú no me toques! -su expresión volvió a cambiar.

De nuevo se mostró desafiante:- Vamos Robert, ¿acaso no quieres ver cómo dos mujeres pelean por ti? Aprovecha, eso no te ha sucedido antes. -Llenó el vaso nuevamente y miró a la mujer; parecía escudriñarla:-Pero creí que tendrías mejor gusto. Si querías serme infiel podrías haber conseguido alguien más joven. ¿Cuántos años tiene usted querida? Ya anda por los cuarenta, ¿verdad?

Ella no le respondió. Helen continuó sin sacarle los ojos de encima:

-¿Sabe?, de todos modos me sorprende. Mi marido nunca tuvo éxito con las mujeres, ni siquiera cuando era joven, antes de perder el pelo. ¿Recuerdas cuando tenías pelo, Robert?, ¿Recuerdas cuando eras

83

pobre, Robert?, ¿Recuerdas cuando no podías pintar porque tu miserable trabajo en el correo no te lo permitía, Robert? Pues recuerda esto, Robert: ¡tú no eres nadie sin mí! ¡Y dile a esta mujerzuela que se largue de mi casa ahora mismo!

Robert, que parecía un niño al que habían retado, dijo:

-Helen, por favor...

-¿Y tú qué pensabas? -Helen se volvió hacia ella-¿que sería tan fácil como venir y decírmelo? -lanzó una carcajada que resonó en toda la casa- ¡Vaya!, ustedes dos sí

que me hacen reír. - Volvió a llenar el vaso y bebió un trago. Robert y la mujer la miraban sin decir nada.

-Pues bien, déjame decirte algo de Robert -prosiguió con la voz ya áspera de alcohol-. He invertido mucho en él para que una camarera o lo que seas venga a insultarme a mi propia casa. No lo puedo tolerar. Así que hazte un favor y vete. No lo podrías mantener, créeme, los pintores son caros; además, ya no es joven. Y lo único que sabe hacer es pintar, me temo. Así son los artistas. Y... hay algo más.

-Helen, por favor -Robert trató de calmarla.

-¿Quieres dejar de decir “Helen, por favor” y callarte?

-No me importa nada de lo que usted pueda decir,

-ella miró de reojo a Robert.

-¡Oh sí...!, claro que te importará. ¿Sabes?, cuando vino la guerra yo estaba enamorada, y no quería que a mi esposo le sucediese nada. Mi padre se encargó de

ello, cuando vivía. Tenía algunos contactos, y fraguaron un informe médico. Aún conservo ese informe, y créeme, basta verlo para saber que es falso. ¿Sabes cuál es la pena para los desertores, querida? -hizo una pausa, bebió otro trago, y clavó sus ojos en la mujer. Su mirada era maligna:- Por lo que veo creías que el amor lo puede todo, ¿verdad?

Y dicho esto comenzó a caminar por la habitación de una manera exageradamente lánguida, como si parodiase a una actriz representando algún papel. El sarcasmo en su voz apenas se podía tolerar:

-“La amante decidida le hará frente a la perversa bruja que tiene prisionero a su príncipe...”, -otra carcajada brotó de su garganta. El sonido era ahora más pastoso, el de una alcohólica-. Me parece que has leído muchas novelas, querida.

-¡Ya basta, Helen! -Robert trató de sujetarla. Ella parecía estar a punto de caerse.

Mientras tanto ella la miraba en silencio. Su rostro no mostraba expresión alguna.

-¡Déjame! -Helen apartó las manos de Robert para extender un brazo y señalar con un dedo a la amante de su marido, y rugió:

-¡Y tú! ¡No obtendrás nada de aquí! Tal vez ya no ame a este hombre, ¡pero es mío! ¿Lo entendiste? La expresión de sus ojos era triunfante, horrible.

Ella sostuvo su mirada de una manera extraña. Se veía absolutamente serena, como si se hubiese dejado llevar por sus propios pensamientos, ajena a todos esos gritos, a toda aquella escena. Sin embargo, le respondió:

-Temo que te equivocas, Helen. Yo seré la mujer de Robert, y tal vez viva aquí -le echó una mirada al lugar-. Es más, ahora mismo voy a usar *tu* cuarto de baño. -Y acto seguido, con la misma tranquilidad de sus palabras, se dirigió a la escalera y comenzó a subirla.

-¿Qué...? -Helen miró a su marido- ¿...Qué dijo esa mujer?

Una vez más, no podía creer lo que acababa de escuchar. Tampoco Robert, pero él no tenía la expresión de absoluto desconcierto que veía en el rostro de su esposa. ¿Qué era todo eso? ¿Qué sucedería ahora? Escuchó cómo arriba habían abierto un par de puertas, y vuelto a cerrarlas. Hasta que reconoció la del cuarto de baño.

-Robert, ¿qué significa esto? -vio cómo su mujer cerraba los puños y su mentón comenzaba a temblar mientras levantaba su mirada hacia el final de la escalera.

Al verla así se alarmó:

-¡Helen, por Dios, no hagas nada!

Pero su esposa se dio vuelta hasta quedar cara a cara con él. Sus ojos parecían a punto de salirse de sus órbitas:

-Por lo que veo, esta mujer está loca. Yo arreglaré esto...

-¡No! -Robert hizo un gesto para ganar el paso a la escalera.

-No te atrevas a subir Robert, porque si lo haces soy capaz de cualquier cosa.

-¿Qué harás?

Ella ya había comenzado a subir las escaleras con la vista siempre hacia la dirección del cuarto de baño. Abajo, Robert se tomaba la cabeza, parecía descomponerse. Helen llegó al piso y sus pasos fueron cada vez más veloces hasta que tomó el picaporte. Un rugido pareció salir de su boca cuando entró violentamente y dijo:

-¿Es que acaso estás loca?

Pero no vio a nadie en el cuarto de baño.

Dio un paso hacia adelante cuando escuchó un ruido detrás de sí. Y antes de que alcanzara a darse vuelta, sintió que algo la tomaba por las piernas y la elevaba del suelo. El alcohol, y ese súbito vértigo, le nublaron la vista. Fue un instante. Cerró los ojos luchando contra esa horrible sensación, y cuando volvió a abrirlos alcanzó a ver que caía, con todo el peso de su cuerpo, sobre el filo de la bañera. La fuerza del golpe hizo que la cabeza rebotase, apenas, para volver a caer y arrastrarse hacia el fondo, donde finalmente quedó quieta, con los ojos abiertos.

Con las piernas de su víctima en los brazos, ella lanzó un bufido. Agazapada tras la puerta, había abrazado las piernas de Helen para alzarla en vilo, y de un envión dejarla caer sobre el artefacto. Ahora escuchaba los pasos de Robert en la escalera, y sin levantarse, con una extraña sonrisa, una sonrisa que tal vez ella misma no conocía, acercó su rostro al de la muerta para susurrarle:

-Sí, mucho más loca que tú.

87

ALGO SE MUEVE EN LA CASA DEL VECINO

Helen yacía boca abajo sobre la bañera. Sobre el esmalte blanco, la sangre comenzaba a
manar marcando un surco que lentamente trataba de alcanzar el resumidero.

-¿Qué... es esto?

Ella se había incorporado y permanecía apoyada contra una de las paredes del cuarto de baño. Respiraba por la boca, y sus ojos no podían quedarse quietos cuando volvió la vista hacia Robert. Pero él ya estaba de rodillas, al lado de su esposa:

-Helen...

-¡No la toques!

Él la miró.

Sergio Aguirre

-Está muerta -ella aún estaba agitada.

-Pero... ¿cómo? -su rostro se desfiguró en una mueca de espanto-. ¡Dios mío! ¿qué hiciste? -no terminó de pronunciar la frase cuando llevó una mano al estómago y comenzó a vomitar sobre el piso. Ella se arrodilló junto a él y lo abrazó. Una extraña excitación hervía bajo sus palabras mientras le pasaba frenéticamente las manos por la cabeza:

-Fue necesario, no teníamos escapatoria, tú sabes eso Robert, tú lo sabes, ¿verdad?. Lo hice por ti, por nosotros...

Robert había comenzado a gimotear mientras pronunciaba algunas palabras ininteligibles; la conmoción parecía deformar todas sus facciones. Parecía otro. Ella se dio cuenta de que era inútil hablarle en ese momento. Por un instante, en sus ojos pareció brillar un atisbo de compasión. Pero no pasó más de un minuto antes de que se levantara y, con voz firme, dijese:

-Hay que limpiar eso, después... después hablaremos Robert.

Él, ya en silencio, levantó su mirada del piso para pasearla por todo el lugar, como si no lo hubiese visto en su vida.

-Escúchame; lo hice por ti. No puedes abandonarme ahora, no puedes hacerlo. ¿Lo entiendes?

Robert, aún con la mirada perdida, la detuvo en un punto y después de un momento asintió con la cabeza.

Ella prosiguió:

-Estaba borracha, como siempre. Seguramente cuando preparaba el baño resbaló y cayó sobre la bañe-

90

Eso es todo, ¿comprendes? Eso es lo que le dirás a la policía. Nadie me vio entrar, de modo que estaban sólo tú y ella. Los llamarás cuando dejemos las cosas en orden. -Su voz ahora era serena y autoritaria:- Y guardarás las lágrimas para ese momento. Confío en tí, ahora mi pellejo está en tus manos.

Él no contestó.

-¿Lo entiendes Robert?

Aún con la mirada fija, apenas moviendo los labios, le respondió:

-Entiendo...

-Tenemos que darnos prisa. Por favor, limpia eso y no toques nada. Te espero abajo.- Dicho esto salió del cuarto y bajó las escaleras. Ya era la noche. Y la lluvia había cesado. Había sido apenas un breve aguacero. En la sala, las ventanas permanecían abiertas. Cerró las cortinas y repasó mentalmente sus movimientos. Pensaba en las huellas. No, no había dejado huellas en ninguna parte. El silencio era agobiante. Se le ocurrió encender la radio. Una banda tocaba una música conocida. “Es un día normal, un día como cualquier otro, sólo que... hubo un accidente”, dijo para sí. Se sentó en uno de los sillones. Debía pensar. Revisar todos los detalles... En el cuarto de baño, Robert se incorporó y fue al lavabo. Todo su cuerpo estaba temblando, como si hubiese recibido una corriente eléctrica. Se sentía enfermo.

Sin levantar la vista hacia el espejo, se mojó la cara. Permaneció un momento de pie, con la cara vuelta
hacia la puerta. Ella estaba ahí, detrás de él, pero no

91

quería mirarla. Fue al pasillo; y de un armario sacó un balde y un fregador. Volvió, con la cabeza siempre hacia el piso, se arrodilló, y comenzó a limpiar esa cosa asquerosa. Por momentos sentía que la agitación no lo dejaría terminar, que en cualquier momento le daría un ataque al corazón si no se calmaba. Se detuvo un instante y respiró profundamente. De repente se le cruzó que era mejor dejar los instrumentos de limpieza en el patio, después. Y ese pensamiento le hizo saber que había aceptado el crimen. En algún lugar dentro de sí había deseado esa muerte, y ahora la aceptaba. También se daba cuenta, aun dentro de esa pesadilla, de que no tenía salida. Él era, lo quisisese o no, cómplice de ese crimen, y eso cambiaba todas las cosas. Sabía que su vida ya no sería la misma; ni el aire que respiraba volvería a ser igual que antes. Y sintió una especie de vértigo al saber que él ya era parte de una muerte: la de Helen, la que había sido su esposa por veinte años, y que, aun borracha, jamás le hubiese hecho daño a él. Después de eso, cualquier horror era posible.

Comprendió que acababa de entrar en el infierno. Haciendo un esfuerzo para no mirar el cadáver, después de repasar el último mosaico, se puso de pie y se pasó la mano por la frente.

Y fue cuando bajó la vista, buscando algún resto de aquella sustancia, que percibió algo extraño. ¿Qué

era? Levantó la cabeza lentamente para observar el lugar, y apenas la giró hacia un costado la vio. La ventana, exactamente a la altura de sus ojos. Hasta ese momento había sido nada, un cuadrado negro, un

92

hueco ciego, pero ahora mostraba aquel reflejo, algo que parecía moverse del otro lado, en la casa del vecino. Alguien lo estaba mirando.

Ahora aquel rostro comenzaba a alejarse, sin sacarle la vista de encima. Y en esos ojos percibió el miedo, el deseo de huir.
Hasta que cerraron las cortinas de golpe.
-¡Por Dios qué sucede!
Ella estaba parada al pie de la escalera.
-Me... han visto.
-¿Qué dices?
-Una muchacha... en la casa de los Gardfield.
-Robert estaba pálido, como si acabase de ver un fantasma.
-Pero, ¿cómo es posible?
Él no respondió, parecía atontado.
-¡Robert, por Dios, contéstame!
-No lo sé, nunca hay nadie allí... Tampoco me fijé en esa ventana, yo...
-¿Desde cuando?, ¿desde cuándo estaba allí? -la idea de un testigo ya tomaba forma en ella y por un momento sintió que el piso se hundía a sus pies. Trató de contener una sensación de pánico. Pero no podía, y el pánico no la ayudaría...
-No lo sé, no lo sé... la habitación estaba a oscuras.
¡Oh, Dios mío! -Robert se tomó la cabeza con las manos.
-Tranquilízate -se lo decía a ella misma- ¿Conoces a los vecinos?, ¿reconociste a la muchacha?
93
-Es la casa de los Gardfield, ellos... -en ese momento abrió los ojos, como si acabase de recordar algo-. Los Gardfield no están. Sí... me lo dijo Helen, ayer. No sé cómo se enteró de que viajaban a París, mencionó algo de unas maletas... y que nosotros debíamos hacer lo mismo.
-Entonces es alguien de la servidumbre...
-¡Dios, qué vamos a hacer!
-No lo sé. No lo sé, Robert. -Ella miró hacia todos lados, nerviosa:- Tenemos que saber quién está en esa casa.
-Pero ¿cómo?
A modo de respuesta ella se acercó a la ventana.
Permaneció un rato allí y dijo:
-Es posible que esté sola....
-¿Cómo lo sabes?
-Por supuesto que no lo sé, pero la casa está
prácticamente a oscuras. Además, dijiste que ellos estaban de viaje. Tal vez deba ir allí.
-¿Qué dices?
-Digo que si esa muchacha vio algo por la ventana estamos perdidos. ¿Lo comprendes Robert? Tal vez no estaba allí cuando la maté, pero cualquier cosa extraña que haya visto en ti allá arriba es suficiente para una investigación, o algo, no lo sé. No sé cómo son estas cosas.
Después de un momento, prosiguió:
-Toma lo que Helen usa para bañarse y déjalo en el cuarto de baño, como si ella misma lo hubiese preparado.
Después ve a su habitación y pon un vestido sobre la cama, extendido. La botella -señaló hacia la mesa
94
donde se encontraba el whisky- también llévala a la habitación. No dejes huellas. Hazlo, por favor, yo pensaré...
Robert obedeció como un niño, y subió las escaleras. Parecía un autómata. Ella se quedó al lado de la ventana. Si aquella muchacha había visto algo tal vez en ese mismo momento la policía estuviese en camino. Cerró los ojos. Eso no podía estar sucediéndole. No podía concluir todo tan rápido; no la había matado para terminar en la cárcel. Lo hizo por ella, para vivir con Robert En ese momento le pareció ver el

reflejo de una luz en la ventana próxima donde se encontraba. Se corrió hacia un costado y con la punta del dedo, movió imperceptiblemente la cortina para poder mirar. Era una puerta que se abría en aquella casa. Y una silueta. Alguien había entrado a uno de los ambientes sin encender la luz. No podía ver muy bien, pero le pareció que se acercaba a la ventana. Contuvo la respiración, y apoyó la cabeza contra la pared. Quien fuera que estuviese en esa casa había percibido algo extraño, y ahora quería saber algo más. Se le ocurrió que había hecho bien en encender la radio.

Robert ya bajaba las escaleras. Ella dijo en voz baja:

-Está ahí. Está mirando ahora.

Él se detuvo en seco, mientras tanto ella volvió a correr la cortina muy lentamente, dejando una abertura donde apenas cabía un ojo.

-Ya no... Robert, ¿hay un cuchillo en la casa?

-¿Un cuchillo?

Ella lo miró:

-No *se me* ocurre otra cosa. Es esa persona o nosotros.

Robert no contestó. Quedó de pie, mirándola, como si no la reconociese:

-Pero no sabemos si realmente vio algo... no lo sabemos.

-Escúchame Robert: -se acercó a él y apoyó su mano sobre su mejilla- no nos podemos quedar con esa duda.

-Pero...

-¡Mira! -ella acercó nuevamente su rostro a la abertura de la cortina- Ha apagado todas las luces. No hay nadie más en la casa.-dijo con evidente alivio-Creo... que está por irse. ¡Sí!, allí sale. Es una muchacha. Robert, trae las llaves del auto, ¡date prisa!

Robert metió la mano en el pantalón y sacó un pequeño llavero. Ella se dirigió a la ventana que daba a la calle y miró hacia todos lados; no había nadie, salvo la muchacha que caminaba en dirección a la esquina. Distinguió perfectamente su figura cuando pasaba bajo un farol, una casa más adelante. Llevaba una maleta.

-Vamos, tenemos que seguirla.

UN DOBLE DESCUBRIMIENTO

La señora Greenwold, arrellanada en su sillón, parecía muy concentrada; como si recuperase, con gran esfuerzo, las palabras de un texto leído hacía mucho tiempo. Las campanadas de un reloj, desde los fondos de la casa, parecieron distraerla. Le sonrió tímidamente a John y volvió a llenar la taza de su vecino, que la miraba con una expresión difícil de describir. Ya bajo la penumbra de la noche, tras el último gong, un vibrante silencio ocupó nuevamente la estancia. Y algo le decía a John que no debía interrumpirlo. Ella recomenzó:

Siguieron el taxi hasta King’s Cross. La vieron entrar y, separados, ingresaron al hall central. Ninguno de los dos sabía exactamente qué harían. Robert comenzó a pasearse entre los andenes. Tenía una imagen borrosa de aquella muchacha y no creía encontrarla entre todos esos rostros.

Ella fue a las taquillas. Pensaba que tal vez estuviese allí, pero no fue así. No veía a nadie parecido a ella por ningún lado. Seguramente ya tenía el boleto, y ahora estaba subiendo al tren. Aún faltaban ocho minutos para las diez. A esa hora debía partir el tren de aquella muchacha, sin dudas. Miró en dirección a los andenes. ¿Cuántos trenes había allí? Le quedaban ocho minutos para encontrarla. Tenía que averiguar qué tren partía a las diez. Un grupo de pasajeros se había agolpado frente a la taquilla en la que esperaba, la única que permanecía abierta, y demoraban... De repente tuvo la impresión de que todo comenzaba a salir mal... “¿Siemprevivas, *milady?”* Una mujer que vendía flores le tocaba el brazo, sonriéndole.

-¡Déjeme tranquila, por favor!

Apenas le respondió se dio cuenta de que estaba perdiendo el control. La mujer se alejó presurosa, rumiando algo en voz baja. Faltaban cinco minutos cuando estuvo frente al empleado:

-¿Qué trenes están por partir?

El hombre la miró un momento, antes de decir:

-El nocturno a Edimburgo, señora. En cinco minutos.

-Claro... necesito un pasaje, por favor.

98

-Temo que los camarotes y las literas están todas ocupadas, señora, sólo hay compartimientos comunes disponibles, o... primera clase, si lo desea.

-En un compartimiento común está bien.

-Como usted quiera -selló y le extendió un pasaje-. Andén número cinco.

Mientras se dirigía hacia el tren buscó a Robert entre toda la gente que parecía multiplicarse a medida que se acercaba al andén. Reconoció al grupo de pasajeros que había visto en la taquilla, que ahora trataban de subir al mismo vagón. En la puerta siguiente, un hombre mayor, algo obeso, trepaba al tren. Llevaba, en un estuche negro, un violoncello. Más adelante, finalmente, vio a Robert.

-Está en este tren.

-Sí, acabo de verla

-¿Dónde?

-Allí, en ese vagón, la segunda ventanilla. Creo... que ella también me vio.

-¡Maldición! -y estuvo a punto de decirle: “¿es que acaso no puedes hacer nada bien?, pero se contuvo:-Escúchame, yo me encargaré de esto. Tú debes volver a la casa y llamar a la policía. No tengas miedo, nada puede salir mal. Helen era conocida por estar siempre borracha, nadie sospechará de esa caída. Confia en mí. Te hablaré cuando todo esto pase. Ahora debes irte.

Pero Robert no se movió. Su rostro mostraba signos de angustia, como si hubiese despertado de un

99

sueño y no supiese dónde se encontraba. Su voz sonó suplicante:

-Emma, por favor... ¿qué estamos haciendo?

Ella se volvió hacia él, furiosa, y le dijo por lo bajo:

-Deja de gimotear idiota y vuelve a la casa.

¿Quieres que terminemos en prisión?

Era la primera vez que lo insultaba, que había sentido la necesidad de hacerlo. Apenas terminó de decir esa frase, ella comprendió que todo había sido un error. Robert, el hombre que la protegería, en el que podría descansar de todas las miserias de su existencia, era un cobarde, un débil. Y le había mentido. No podía confiar en él. Pero no fue lo único que descubrió.

Se dio cuenta, también, de que al lanzar a Helen sobre la bañera la violencia había fluido de ella naturalmente. Simplemente tenía que hacerlo, y lo hizo. Apenas si la había perturbado el miedo de ser descubierta, como si fuese lo único en lo que debía reparar. Por lo demás, sólo experimentó una oscura satisfacción, algo que no conocía de ella hasta ese momento. Lo abrazó:

-Robert, confía en mí.

Cuando subió al vagón fue directamente hacia la puerta que correspondía a la segunda ventanilla. Tenía las cortinas cerradas. La abrió, y apenas puso un pie adentro, escuchó una voz, casi un susurro, que le dijo:

“Por favor, no abra las cortinas”.

Era ella.

100

Había poca luz allí, pero la suficiente para distinguirla sentada al borde de uno de los asientos, casi pegada al pasillo. No había nadie más en el compartimiento. Y las cortinas de la ventanilla también estaban cerradas.

La observó disimuladamente, y en el acto se dio cuenta de que aquella chica se encontraba profundamente perturbada.

-Me parece que hace falta un poco más de luz, ¿verdad? -sonó simpática, tal vez demasiado, pero la muchacha pareció no darse cuenta. Hizo apenas un gesto con la cabeza. "Lo importante es que permanezcas aquí", pensó, y encendió una lámpara.

-¿Viaja usted sola?

-Sí... -la muchacha contestó mecánicamente, como si sus pensamientos estuviesen en otro lugar, y por un momento la mujer tuvo la impresión de que tomaría su maleta y abriría la puerta. Pensó que si había visto a Robert tal vez tuviese el impulso de bajar del tren, o trasladarse a un compartimiento donde hubiera más gente, cualquier lugar que fuese seguro. Un lugar seguro...

-Discúlpeme querida, ¿está usted bien?

La muchacha la miró como si no supiera qué contestar:

-Hace un poco de calor aquí...

Ella se levantó de su asiento para sentarse justo enfrente de la muchacha que permanecía absolutamente quieta. Le sonrió, y sus palabras de repente tomaron un tono confidencial:

101

-Pero no es eso lo que le preocupa, ¿verdad querida?

La muchacha la miró nuevamente, algo desconcertada.

Ella continuaba sonriéndole:

-Escúchame, tengo algunos años más que tú, y sé cuando alguien está en problemas. Créeme, he pasado por muchas cosas sola. Y no es agradable estar sola en esos momentos. Por lo menos puedes hablar conmigo. Después de todo viajaremos juntas, ¿no?

Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas.

-La verdad, no estoy segura, pero...

-Vamos... confía en mí.

102

DOS MONSTRUOS

De repente, las lágrimas acudieron a sus ojos y se deslizaron por su rostro mientras comenzaba

a gemir, con sollozos que le recordaron los de un niño. Ella la abrazó inmediatamente

y escuchó, entonces, aquellas palabras: *"Un hombre quiere matarme, no sé si ha subido al tren".*

En ese momento la atrajo contra su pecho y la abrazó aún más fuerte. No la dejaría salir de allí. Al fin se oyó el1 silbato de la locomotora. La mujer cerró los ojos y en su rostro se dibujó una sonrisa casi imperceptible. El vagón, lentamente, comenzó a moverse. Eran las diez. Aquella muchacha ya no podía bajar del tren.

-¡Por Dios, querida!, ¿qué estás diciendo?

Pero la chica parecía incapaz de contener el llanto; en su lugar se aferró a ella como una niña al cuello de su madre. Fue entonces que las luces comenzaron a bajar.

-Es sólo la luz, no te preocupes. Y escucha; no sé qué te ha sucedido, pero puedes estar segura aquí. ¿Cuál es tu nombre querida?

-Julie.

-Julie, cuéntame, quién es ese hombre...

Entonces Julie relató lo que había visto aquella misma noche en la casa del vecino.

-...O me pareció, no lo sé, pero estoy muy asustada señora, tengo miedo, me siguió hasta aquí, ¿se da cuenta?, algo sucedió en esa casa y ahora está tras de mí. ¡Dios mío!, ¡qué voy a hacer!

Pronunciada la última frase, las luces del compartimiento recuperaron su intensidad. La mujer levantó

la vista del suelo, miró hacia la ventanilla, y después de un momento, dijo:

-¿Estás segura de que el hombre que viste en la estación es el mismo hombre...?

-Sí, estoy... casi segura, -hizo una pausa mirando a la mujer, como si de repente pensase que no le creía-¡debe usted confiar en lo que le digo!

Y ella sonó terminante:

-Claro que te creo, y no te dejaré sola. De todos

104

modos, aunque te cueste aceptarlo, lo más probable es que en la estación hayas visto a alguien parecido... seguramente.

Pero no tienes de qué preocuparte, yo te ayudaré -la miró de reojo, y prosiguió:

-Déjame pensar un momento... -ahora giró la cabeza hacia la puerta. Había estado preguntándose qué haría cuando el guarda viniese a pedirles los pasajes. No podía demorar demasiado y... ¿si aquella muchacha le hablaba sobre el extraño hombre del tren?, ¿y si le pedía algún tipo de protección?...

Sin soltar la mano de la muchacha, volvió a su asiento y dijo:

-Creo que es importante que no digamos nada al guarda, él vendrá en cualquier momento. ¿Sabes?, lo único que conseguirías es tener que salir de aquí. Y tú no puedes hacer eso, ¿lo entiendes? Si ese hombre está en el tren te vería entonces, quedarías... expuesta. De nada te servirá viajar al lado del guarda, no podrías hacer nada para detenerlo una vez que llegues a Edimburgo.

-Sintió que le hablaba muy apresuradamente, y temió que no le entendiese, pero no tenía mucho tiempo; el guarda podía llegar en cualquier momento:-Trata de imaginar la situación, ¿de qué lo acusarías? Si él piensa que tratas de protegerte entonces confirmará que sí viste algo que no debías. Entonces estarás perdida. Él sabrá que eres su testigo.

Julie la miraba con los ojos muy abiertos. Pero no contestó.

-¿Entiendes lo que te digo?

-Sí... tiene usted razón.

105

Ella apenas disimuló un suspiro de alivio. Esa niña era una tonta, y estaba lo suficientemente aterrorizada como para hacer lo que ella le dijese:

-Bien, cuando el guarda se vaya haremos lo siguiente: saldremos de aquí juntas, tú te encerrarás en el toilet y me esperarás allí. Yo recorreré el tren. Él no me conoce. Si ese hombre está aquí, si lo veo, haremos lo que haya que hacer para que estés segura. Pero, por Dios, no puedes permanecer con esa duda toda la noche.

-Hizo una pausa y sonrió:- Y si no ha subido al tren nos quedaremos juntas hasta que lleguemos... y más tranquilas, ¿de acuerdo?

-Sí...

-No te preocupes, todo saldrá bien.

Y acarició apenas la mejilla de Julie con el revés de su mano cuando escucharon un pequeño golpe en la puerta. Acto seguido un hombre entró al compartimiento. Era el guarda. Había hablado a tiempo.

Era un plan estúpido. Encerrarla en el toilet y decirle que ella recorrería todo el tren en busca de ese hombre. Como si eso fuese posible. Como si pudiera meterse en todos los compartimientos, las literas y los camarotes para ver si allí estaba el hombre bajo, y casi calvo. Robert... En ese momento debía estar con la policía, contándoles cómo encontró el cuerpo al regresar a su casa, después de que lo demorase la lluvia. Durante el viaje a la estación habían urdido la coartada.

Tal vez no fuese perfecta, pero eso no importaba.

106

Era imposible probar que Robert había matado a Helen.

Por la sencilla razón de que él no lo había hecho. Además no era el tipo del que mata a su mujer. Todos los que lo conocían sabían eso. La eterna borrachera de

Helen también estaba de su parte. Sí, todo iba a salir bien, a no ser... que él hablase. No hoy, ni mañana. Algún día... tal vez no resistiese la culpa por la muerte de Helen. Podía ser. Hoy había visto a un hombre débil. No podía confiar en él. Sabía que de ahora en más, curiosamente, Robert sería una amenaza. Trató de no pensar en ello. Antes de salir abrió la puerta y miró hacia todos lados. No había nadie en el pasillo. Miró a la muchacha asintiendo con la cabeza y se dirigieron hacia el final del vagón.

-Entra -le dijo, y cerró la puerta del toilet con la muchacha adentro. Sólo podía abrirla si ella golpeaba tres veces.

Ella volvió al compartimiento. Esperaría allí por un tiempo. Tenía que pensar. Todo se había desencadenado tan rápidamente que por momentos se sentía al borde de la desesperación. Necesitaba unos minutos para meditar las cosas más cuidadosamente. Sin embargo, la verdad era que se sentía guiada por una especie de instinto, una oscura fuerza que le dictaba sus actos, diciéndole en cada momento lo que debía hacer, de dónde provenía el peligro.

"Lo haré, tengo que hacerlo", se repetía, y eso fue todo lo que pasó por su cabeza.

Los minutos corrían. De repente la asaltó la idea

107

de que su víctima pudiese salir de allí por alguna razón, un ataque de claustrofobia, o cualquier cosa. Pensó que tal vez era demasiado asustadiza para permanecer allí dentro mucho tiempo. Salió al pasillo. Se dirigía hacia el toilet cuando se percató de que aún no podía buscarla. Era muy pronto. Tal vez tuviese que caminar un poco... Estaba nerviosa. Necesitaba hacer algo, pero no sabía qué. Volvió sobre sus pasos y fue hacia el final del vagón. Descubrió que, aparte del suyo, sólo un compartimiento estaba ocupado por un hombre, un hombre rubio que no apartó la mirada de un libro cuando ella cruzaba por allí. Al llegar al final, abrió la puerta y divisó que el próximo vagón pertenecía a las literas. La cerró nuevamente. Creyó ver a un hombre uniformado que caminaba por el pasillo. Se volvió con paso presuroso hasta que estuvo en el otro extremo. Abrió la puerta y se acercó al toilet. Golpeó tres veces. No esperó a que respondiera, sólo dijo:

-Julie, hasta ahora no lo he visto... -quería asegurarse de que no saliera de allí- al parecer no está. ¿Me escuchas?

-Sí...

-Bien, ahora iré hacia el final del tren, no te muevas de aquí, ¿me entendiste, querida?

-Sí.

Frente a ella estaba la puerta del próximo vagón.

Tal vez debiese entrar. Julie sospecharía si no la escuchaba abrirse. Y la abrió. Una vez adentro dio unos

pasos. Una especie de presentimiento hizo que siguiese caminando a través de aquel vagón. No se había equi-

108

vocado. No había nadie. Hacia el final, la ganó un ligero desconcierto. ¿Cómo era posible que estuviese vacío? No sabía si eso era mejor o peor. Una repentina curiosidad hizo que entrase al próximo vagón.

En el primer compartimiento no había nadie. Pero en el segundo vio a una mujer que llevaba un niño en brazos. La mujer apenas torció ligeramente la cabeza cuando ella pasó por allí. Siguió. En el cuarto, un sacerdote se hallaba repantigado sobre las butacas. Al verla comenzó a incorporarse, pero ella aceleró el paso. Prefería que nadie pudiese mirarla por mucho tiempo. Cuando el guarda les pidió los pasajes, se había cuidado de permanecer justo atrás de la lámpara, algo cabizbaja, de modo que el resplandor de la luz dejase ver sus facciones lo suficientemente borrosas para el futuro. Había poca gente en ese tren. Y eso no era bueno. Pocos pasajeros, pocos sospechosos. Entró al próximo vagón. Una alfombra ahogaba sus pasos. Todo parecía más silencioso allí, o más oscuro... No alcanzó a concluir ese pensamiento

cuando vio que se trataba de las lámparas, que comenzaban a debilitarse, otra vez. Pero la oscuridad, ahora, era absoluta.

Pensó en Julie. ¿Cuánto tiempo soportaría estar dentro de ese toilet, en la más cerrada de las negruras? Tenía que regresar, pero era imposible. Debía esperar a que la luz retornase. A tientas, buscó la puerta del primer compartimiento.

Cuando al fin la tocó, se deslizó hacia el interior tratando de alcanzar una de las butacas. Fue en ese momento, cuando acababa de sentarse, que la escuchó.

109

Sonaba muy cerca de ella, como si el aliento de aquella voz pudiera rozarla:

-Por lo visto viajaremos a oscuras esta noche...

La mujer sintió que su corazón se detenía.

-Por favor, no se asuste -la voz trataba de tranquilizarla, pero aquella presencia inesperada pareció congelarla en tal sensación de peligro que no pudo proferir sonido alguno. "Debo salir de aquí", fue lo único que cruzó por la cabeza de la mujer, como otro mandato de los que le había dictado su instinto esa noche. Ella no debía llamar la atención de nadie, hablar con persona alguna, por ninguna razón. Pero la oscuridad no le permitía escapar, no sin arriesgarse a despertar algún tipo de sospecha...

-Las cosas parecen estar mal aquí, ¿verdad?

Ella sintió que aquellas palabras habían alcanzado sus pensamientos. No pudo, o no quiso contestar.

-Disculpe, ¿se encuentra usted bien?

-Sí...

-Lamento haberla asustado

-Está bien, es la oscuridad, eso es todo.

-Oh, sí...

Ahora él sabía que ella era una mujer. Aquel diálogo debía terminar, no podía ser bueno, tenía que decir algo, cualquier cosa...

-Mi marido, él me está esperando. Seguramente viene por mí... ahora.

-Si puede verla... -el hombre dejó escapar una risa.

-Esta oscuridad no habla muy bien de los trenes

ingleses, ¿verdad?

110

-Oh, por supuesto, aunque no suelo viajar muy seguido, yo...

-Sí, me di cuenta.

-¿Cómo?

-Verá, yo no pensaba hacer este viaje, fue algo... precipitado. Sabía que los camarotes y las literas estarían completos. Al parecer los que viajan en este horario hacen sus reservas; nadie quiere viajar sentado toda la noche, sin embargo usted está aquí.

La mujer sintió que estaba comenzando a transitar un terreno muy peligroso. Su cuerpo estaba cada vez más tenso, y en algunas partes comenzaba a dolerle. Quería pensar que sólo eran sus nervios, y la oscuridad; pero aquel hombre actuaba como si supiera algo...

-Es verdad, yo... nosotros nunca tomamos este tren.

Se hizo un silencio; tras el cual, con una seguridad que le erizó los pelos de la nuca, el hombre afirmó:

-Usted tiene miedo.

Al escuchar esto, ella sintió que el pánico comenzaba a invadirla. Tenía la impresión de que aquel diálogo se transformaba en un extraño interrogatorio. Uno donde él ya tenía las respuestas.

-¿Por qué dice eso?

-No puedo ver su rostro, pero sí la escucho.

Cuando estamos a oscuras las voces nos dicen todo, no nos pueden engañar. ¿Sabe?, hace falta algo de luz para engañar, o para esconderse...

Ahora ella se sentía próxima a la desesperación.

¿Quién era ese hombre?, ¿qué quería decir con todo eso?

111

-Es probable, pero la verdad es que no me resulta muy cómodo hablar con alguien en la oscuridad.

-Oh, créame, a mí sí. Es más; le aseguro que si no estuviésemos a oscuras este diálogo no sería posible,

-hizo un pequeño silencio-. Pero usted tiene

miedo. Y me atrevo a pensar que es porque me ha visto... antes.

A pesar de toda aquella oscuridad, ella, que hasta entonces había mantenido la cabeza hacia adelante, no pudo reprimir volverla hacia la dirección de la voz. Sintió que los dos rostros se encontraban apenas a centímetros. ¿Adonde quería llegar ese hombre?, ¿por qué le decía eso?

-¡No!, no es así, yo... ¡no he visto a nadie!

-Oh...

En ese momento, la mujer vio cómo la luz comenzaba a subir nuevamente. Trataría de guardar alguna calma, pero tenía que salir de allí de inmediato:

-Bien, creo que ya puedo irme, espero no haberle ocasionado ninguna molest...

La frase quedó sin terminar. Lo que vio la hizo retroceder en medio de un gemido de terror. Aquella voz nacía de algo horripilante, una máscara abominable y putrefacta que, increíblemente, pertenecía al cuerpo de un hombre.

Él desvió su rostro hacia la ventanilla:

-Lo siento.

Aún presa de aquella visión, la mujer apenas balbuceó:

-Perdóneme usted.

112

-Está bien, no se preocupe. ¿Sabe?, la guerra deja estas cosas...

Ella ya tenía la mano en el picaporte:

-Debo... debo irme ya -y sin más salió disparada al pasillo. Le faltaba el aire. Y se vio corriendo en medio de una conmoción que hacía que los corredores fuesen ahora los pasillos de un infierno. ¿Acaso era ése un castigo por la muerte de Helen? Sólo miraba la próxima puerta, como si detrás de alguna pudiese verse libre del horror de aquella noche.

Que aún no debía terminar.

Antes de llegar al toilet se detuvo en uno de los compartimientos vacíos. Se sentó unos instantes y se llevó las manos a la cabeza. Aún respiraba agitadamente, y sintió que estaba a punto de vomitar. Tenía que tranquilizarse. No podía dejar que Julie la viese así. Con seguridad pensaría que sí había visto al hombre de la estación. Y no podía permitir eso. Si esa chica entraba en pánico todo estaría perdido. Aquel hombre casi le había hecho perder el control. Como lo había hecho Helen, como siempre cuando se sentía amenazada. Respiró profundamente y apoyó la cabeza sobre el respaldo. Por momentos le volvía la imagen de ese monstruo, y su voz... Pero no debía preocuparse. Era sólo un hombre que quería charlar, era curioso, y listo. Pero no sabía nada.

No podía imaginar que él también estaba sentado al lado de otro monstruo.

113

Golpeó tres veces.

-¿Quién...? -se escuchó desde adentro.

-Sí querida, soy yo.

La puerta se abrió. Julie apareció con los ojos húmedos de llanto y su rostro aún se veía desencajado.

-No hay de qué preocuparse, podemos viajar tranquilas. No hay rastros de ese hombre en todo el tren.

La muchacha la abrazó:

-¡Oh, gracias!, tenía tanto miedo, y la luz volvió a apagarse... creí que iba a volverme loca.

-No temas querida -la mujer volvió a apretarla contra su pecho, y le susurró, muy cerca del oído:

-Él no está, él no está.

Con la excusa de que había sido una noche abrumadora, le propuso que durante el resto del viaje no hablasen más de aquel hombre, ni de aquel asunto. Pensó que sería mejor así. Tampoco ella quería volver sobre lo mismo. Estaba agotada y sentía que debía despejar su mente de todo eso para lo que seguía.

La muchacha aceptó de buena gana, y no pasó mucho tiempo antes de que se dispusieran a dormir. Se acostaron, cada una ocupando las butacas de cada lado, e hicieron silencio.

Pasaron unos minutos. El silbato del tren anunció que pasarían por un túnel, cuando la mujer escuchó:

-¿Recuerda cuando le dije que en la estación sentí

que ese hombre seguía mirándome?

114

-Sí querida, lo recuerdo.

-Aún lo siento -dijo. Y fueron sus últimas palabras.

El resto, el final, fue fácil y horrible.

Las primeras luces del día se colaban a través de las cortinas de la ventanilla. Faltaba casi una hora para llegar. Ella, que apenas había dormitado, se incorporó. Tomó su bolso y lo dejó al lado de la puerta. Sin correr las cortinas que daban al pasillo, la abrió apenas y miró hacia afuera. Nadie. Volvió, y quedó un momento de pie al lado de la muchacha. Dormía boca abajo. Apoyó apenas ambas manos sobre la nuca descubierta, y con una furia insospechada, presionó de modo tal que su propio cuerpo comenzó a temblar. Hasta que escuchó aquel ruido, y al final, un quejido muy breve.

La había matado.

Sin mirar el cuerpo, se acercó nuevamente a la puerta, con la mano se acomodó el cabello, tomó el bolso, y salió. Rápidamente se dirigió al vagón contiguo, que había visto vacío la noche anterior. Sin embargo, ahora dos de los compartimientos estaban ocupados. Se percató de que algunos pasajeros de las literas, despiertos muy temprano, habían comenzado a trasladarse hacia aquel sector del tren. La asaltó el temor de que más gente hiciese lo mismo. Y de que alguien intentase entrar donde estaba el cadáver. Pero se lo sacó de la cabeza. Era muy difícil, ella había dejado las cortinas cerradas... y no quiso pensar más.

115

. Apenas el tren se detuvo se bajó, y con paso firme y sereno caminó hacia la rampa de salida de la estación. No debía correr, llamaría la atención. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que descubriesen el cadáver? Con la vista en el suelo, sin detenerse en ningún momento, vio que tenía una de las medias corridas. Al salir, lo primero que vio fue el castillo que dominaba la ciudad vieja y, más arriba, el cielo azul, espléndido. El sol continuaba iluminando, el mundo no había cambiado.

Desde algún lugar de su memoria recordó aquellas palabras que había escuchado hacía ya mucho tiempo: “El único alivio para una mala noche es ver la luz del día”.

Y volvió sobre ese pensamiento mientras su silueta se recortaba y se perdía hasta transformarse en alguien más entre toda la gente que llenaba las calles, esa mañana.

UN **HOMBRE EN QUIEN NO CONFIAR**

.La luz de la habitación había adquirido una tonalidad rojiza que lanzaba un sucio resplandor ocre sobre la pared. Ahora toda la estancia parecía más pequeña, como si la oscuridad de los márgenes los hubiese encerrado en ese pequeño círculo alrededor del fuego. Ya era de noche.

A medida que la mujer relataba aquella historia, John había mostrado una expresión pensativa; con el ceño fruncido recorría los objetos más cercanos, volvía una y otra vez la vista sobre la pequeña mesa, las tazas, los cigarrillos...
Un nuevo asombro se había abierto

paso en él mientras escuchaba a la anciana, y por momentos, aquel segundo relato había conseguido perturbarlo. Era una mujer muy ingeniosa. Mucho más de lo que él había pensado. Eso no era obra de una aficionada. Además... estaba claro que había jugado su mismo juego, y de una manera brillante. Aquello era extraordinario.
Entonces se le ocurrió.
Ésa era la idea que necesitaba para su novela:
El escritor y su vecina. Él la visita y decide contarle la idea de su próxima novela, la historia de un asesinato destinado a encubrir a otro, el verdadero. En ese relato su vecina es la víctima y él el asesino. Pero él deja entrever que tal vez no se trata de una ficción. Lo hace porque aquella mujer lo irritó esa tarde, o por la simple y perversa vocación de provocar miedo, que también lo había llevado a ser un escritor de novelas de suspenso. Lo que él no esperaba, es que después ella hiciera lo mismo...
Esa idea le gustaba mucho más que la anterior. La misma señora Greenwold, sin saberlo, se la había dado. Y se preguntó nuevamente: ¿acaso aquella mujer era una escritora?
-¡Vaya!, en realidad comienzo a pensar que es usted una verdadera escritora de novelas policiales -dijo sin disimular su entusiasmo.
-Me alegra saber que se ha divertido -dijo ella, tras lo cual se incorporó, y dando media vuelta, se perdió en las sombras de la sala.
118
-Tomaré lo que usted dice como un cumplido
-agregó mientras John veía la silueta de la anciana alejarse unos pasos y abrir una pequeña vitrina. Ahora regresaba. En su mano izquierda sostenía dos largas agujas de acero de las que pendía un breve tejido color ciruela unido a su ovillo; una pequeña pelota de lana que se cayó al suelo. Rápido, como si escapase de la luz, rodó por la alfombra hasta detenerse a unos metros de donde se encontraban. Desde allí apenas se distinguía su forma pequeña y redonda. Sus miradas se cruzaron un segundo, antes de que él se levantase a recogerlo.
Apenas se incorporó vio a la anciana con el atizador en una mano. En la otra, apretadas contra su pecho, del tejido sobresalían las agujas. Ella sonreía:
-Oh, lo lamento...
-No es nada -él extendió su mano alcanzándole el ovillo, pero ella no lo tomó. En su lugar le señaló la mesa y dijo:
-Déjelo allí, yo añadiré algunos leños a la chimenea.
No dejaremos que el fuego muera... -apenas inclinada, sin dejar de mirarlo, agregó un leño al fuego y apartó algo de ceniza hacia un costado- La vejez me ha proporcionado placeres que, en verdad, de joven nunca sospeché que serían para mí tan importantes. Sencillamente no podría imaginar mi vida sin el tejido... y las novelas -dijo, sentándose para dar comienzo a su labor:
-Es extraño... nos pasamos la vida deseando cosas importantes, aquello que siempre resulta difícil conseguir. Pero cuando somos viejos sólo necesitamos
119
muy poco, pequeños hábitos que para alguien joven serían apenas accesorios.
John, aún excitado por el relato de la anciana, y también por la idea que acababa de ocurrírsele para su novela, sintió que tenía que preguntárselo:
-Ya está bien señora Greenwold, ahora dígamelo:
¿es usted una escritora, verdad?
La anciana sonrió:

-Veo que insiste usted con eso señor Bland, pero temo que no lo soy. ¿Sabe?, realmente me hubiese gustado escribir esa historia. Le aseguro que tener esa ocupación no estaría nada mal para una mujer en los últimos años de su vida -hizo una pausa-. Eso me recuerda que es una pena que no le hayan interesado mis relatos.

-¡Oh!, lamento haberla decepcionado, yo... -de repente John no sabía qué decir. La admiración que la señora Greenwold le había despertado, pero más que nada un repentino sentimiento de gratitud por ser la artífice de su nueva historia, hacían que su fastidio ahora le resultase lejano, absurdo. Tampoco había conseguido amedrentarla demasiado contándole la idea de su asesinato, pensó, pero ahora sentía que aquello había sido algo cruel.

Ella hizo un gesto con la cabeza, como restando importancia a la cuestión:

-No se preocupe, no insistiré con eso.

-Pues déjeme decirle que sus relatos han sido admirables, yo... estoy impresionado. Tal vez no pueda escribirlos, pero tiene usted la imaginación de un escritor, créame.

120

Ella pareció hacer caso omiso a ese halago. En su lugar lo miró, y después de un breve silencio, dijo:

-Ahora déjeme a mí hacerle esa pregunta señor Bland: ¿es *usted* un escritor?

A John aquello lo tomó de sorpresa. Ella prosiguió:

-Compréndame, no quiero decir que no lo sea, pero, debo decirlo, temo que ha despertado mis dudas...

Él echó la cabeza hacia atrás, frunciendo el entrecejo:

-Pero... ¿por qué le mentiría?

-Oh... lo mismo me pregunté yo, señor Bland:

¿por qué *mentía* usted?

John advirtió que algo en la expresión de la anciana había cambiado. No le gustaba aquello, y no le gustaban las palabras de esa mujer:

-Discúlpeme, no sé de qué está hablando -trató de que el tono de su voz fuese natural, aunque se sentía molesto:- Pero escucharé con gusto sus razones para pensar eso.

-Le diré. -Ella continuó distraídamente, mientras retomaba su labor:- Cuando vino a mi casa hoy y se presentó como un escritor, un escritor de novelas de misterio, le confieso, me entusiasmé. Usted sabe, soy una aficionada a esos libros y, por supuesto, se me ocurrió contarle aquel viaje, esa noche en el tren. Era una historia fantástica para alguien que escribe sobre asesinatos; el relato de un misterio verdadero, algo real, contado por uno de sus protagonistas, aquello... no de-

121

jaría de entusiasmarle. Estaba segura. -Hizo una pausa, y su rostro adquirió una expresión de extrañeza:

-Pero nada de eso sucedió: no mostró usted el menor interés por esa historia. ¿Era posible algo así? En verdad no esperaba eso -alzó sus ojos y lo miró. Los ojos de la señora Greenwold eran muy azules:

-*¿Sabe?, la confianza no es una de mis virtudes, señor Bland. Fue entonces que me asaltó aquella pequeña duda: tai va usted no fuese realmente un escritor.*

John permanecía quieto, con su cabeza apenas apoyada sobre el respaldo del sillón. Ella pareció volver a concentrarse en el tejido:

-Sé que parece una tontería, pero verá, la duda... la duda actúa de una manera muy extraña. Usted sabe, no hace falta demasiado, basta un detalle... y de repente uno cae en la cuenta de que las cosas pueden ser de una manera muy distinta. Pensé... pensé en su visita en el mismo día de la mudanza. Ahora comenzaba a sonar extraño. Además... aquí hay muchos libros, usted los vio al entrar. Para una anciana que pasa sus días leyendo, un vecino que se dedica a escribir novelas podría resultar muy atractivo. Eso no es algo difícil de imaginar, ¿verdad?

John comenzó a impacientarse:

-¿Qué está tratando de decirme?

-Trato de explicarle cómo funciona la duda, señor Bland, eso es algo de lo que usted sabrá mejor que yo, ¿verdad? Claro, si es que se dedica a las novelas policiales.

Él decidió no contestar. Aquello había comenzado a intrigarlo:

122

-¿Era usted un escritor? Y si no lo era, ¿por qué había mentido? Ésas eran mis dudas. Fue entonces que me vino su expresión al preguntarle si ya tenía la idea de su próxima novela. Usted había dicho que no, pero pareció titubear antes de responderme, lo recordaba muy bien.

-Fue usted muy observadora -acotó John, algo irónicamente. Claro que recordaba aquello.

-No me detuve en ello entonces -ella prosiguió-, pero ahora tenía motivos para dudar de su respuesta.

Por eso decidí tenderle esa pequeña trampa, tal vez *funcionase... “seguramente la idea para su próxima novela es más interesante, ¿verdad?”-hizo un silencio-. Y resultó que* había usted mentido. No iba a dejar pasar ese descuido suyo: por supuesto, le pedí que me contase el argumento de su novela.

Ahora John miraba las puntas de las agujas, brillantes y veloces, que aparecían y desaparecían a través del tejido. Esas manos eran veloces. John no se había fijado en las manos de la señora Greenwold: blancas y gordas, repletas de anillos que parecían incrustados en sus dedos. Se preguntó por qué aquella mujer comenzaba a inquietarlo. También observó que el atizador había quedado al lado del sillón, muy cerca de su anfitriona.

Ella continuó hablando:

-Claro, tal vez eso no tuviera importancia. Supongo que hay escritores que prefieren no hablar de lo que aún no han escrito, sin embargo... ahora parecía usted dispuesto a hacerlo -sus palabras se tornaron cada vez más pausadas.- Fue entonces que me preguntó si es-

123

peraba a alguien. Era una pregunta extraña si sólo iba a contar apenas una idea. También mencionó -y recién entonces me enteré- que usted ya me había visto antes, aquí. Y finalmente supe que, según el plan de su “novela”, al final de esta visita... debía asesinarme -en ese punto se detuvo, levantó la vista del tejido y lo miró directamente a los ojos:

-Entonces pensé... si no era usted un escritor, ¿qué otro argumento podría relatar un asesino, más que su propio plan para matarme?

Se hizo un silencio.

En la chimenea, los troncos se derrumbaron esparciendo una lluvia de chispas. Pero ellos permanecieron quietos por un instante, escrutándose mutuamente.

-Dígame señor Bland: ¿qué supone usted que yo deba creer?

John sintió que se quedaba sin palabras. De pronto, al escuchar a la anciana, a él mismo le resultaba absurdo creer que lo que allí sucedió había sido sólo un pequeño acto para asustarla. Pero lo más extraño, lo más perturbador, era descubrir la manera en que esa mujer conseguía intimidarlo. Y esa sensación parecía concentrarse en la boca de su estómago, como si un puño estuviese cerrándose lentamente sobre él. Hizo un esfuerzo para que sus palabras sonasen normales:

-Comprendo que se haya usted inquietado cuando relaté aquello, señora Greenwold, y lo lamento, créame.

A veces... temo que soy demasiado realista para contar mis historias -sentía que era una explicación absoluta-

124

mente idiota-. Usted sabe, ése es mi trabajo, el oficio de escribir sobre crímenes... -simuló una pequeña carcajada, y de repente se dio cuenta de que no podía continuar. Se había puesto nervioso.- Oh, vamos señora Greenwold, no creerá que vine para hacerle algún daño. Es ridículo...

Ella continuó mirándolo, impasible.

-¿Acaso parezco un asesino? -agregó John mientras comenzaba a sentir un leve hormigueo que subía por sus piernas.

-Oh, no... ambos parecemos incapaces de matar una mosca. -Una pequeña mueca, parecida a una sonrisa, se insinuó en el rostro de la anciana:- Pero no es de las apariencias de lo que estamos hablando, ¿verdad? John, visiblemente incómodo, mientras simulaba acomodarse en su sillón, se pasó las manos por las piernas:

-No imagino adonde quiere usted llegar con todo esto.

Ella se inclinó levemente hacia adelante:

-Debería hacerlo, señor Bland. Imagine... imagine usted que antes de acostarse ve una araña en su habitación. Tal vez lo muerda, tal vez no... Dígame -bajó el tono de su voz convirtiéndola en un susurro:

-¿Esperaría usted la mañana para saberlo?

John se quedó en silencio, como si no acabase de entender lo que la mujer terminaba de decir. Algo no estaba bien allí. Abrió la boca con un sentimiento de confusión, y quiso esbozar una sonrisa, pero no lo logró.

125

Y de repente supo, como quien acaba de descubrirse un dolor, que tenía miedo.

-No comprendo... -ese hormigueo ahora subía por su espalda y alcanzaba su nuca. Estaba muy tenso. ¿Por qué? De pronto se encontraba calculando la distancia que lo separaba de la señora Greenwold. Tenía que serenarse, era estúpido tener miedo. ¿Qué podía pasar?

-Sin embargo, yo creo que comprende, señor Bland, que ha empezado usted a comprender... -ella giró la cabeza hacia los cristales de la ventana, que ahora sólo reflejaban la luz de la lámpara, y la volvió nuevamente hacia John. Su rostro trasuntaba una calma absoluta.- ¿Sabe?, cuando salí de la estación esa mañana, en Edimburgo, recordé lo que Robert me había repetido en el auto, una y otra vez. Que aquella muchacha era inofensiva, que no podía haber visto nada en realidad. Y la prueba de ello era que no había llamado a la policía... -hizo un ligero movimiento, negando con la cabeza-. No entendía que ese riesgo era inaceptable. Esa duda, por pequeña que fuese, nos podía costar muy caro si no hacíamos nada. ¿Entiende?

-hizo una pausa- Y no me equivoqué. Esa mañana me sentía satisfecha por ello.

-Pero eso se trataba de... algo que había usted inventado.

-John abrió la boca para tomar aire. De repente sentía una especie de náusea.

-Oh... resulta encantador escucharlo decir que poseo la imaginación de un escritor -sonrió-. Pero no sirvo para inventar historias, créame. Usted mismo se

126

dio cuenta de que aquel primer relato no podía ser cierto. No creyó eso. Y yo... tampoco puedo creerle a usted, ésa es la verdad. Desde que llegó esta tarde, me temo, no me ha dado una sola razón para confiar en su persona -hizo un silencio-. Verá, soy una mujer vieja, y usted es un hombre joven y fuerte. Estamos aquí, solos, absolutamente alejados de todo. Comprenderá que en esta situación sólo hay una cosa que puedo hacer, yo... -y agregó después de un momento, casi sin expresión:

-Debo matarlo señor Bland.

A John le bastó verla un instante para darse cuenta de que esa mujer estaba diciendo la verdad. Casi instintivamente comenzó a levantarse del sillón. En el acto, sin sacarle los ojos de encima, ella apoyó su mano sobre el mango del atizador. Él observó ese movimiento y comenzó a correrse hacia un costado, cuidando cada paso, hasta que se dio cuenta de que no sabía qué hacer.

-No habla en serio... -dijo lentamente para controlar el temor en su voz.

-¿Lo cree?, sin embargo tengo la impresión de que hemos hablado en serio toda la tarde, usted y yo.

Algo dentro de John reaccionó súbitamente:

-Usted... usted está en un error. ¡Las cosas no son así!, yo no vine aquí para matarla, ¿entiende eso?, yo... sólo pretendía que usted se asustase, eso fue todo.

Pensé... que aquello era un invento, su historia del tren y todo eso -su rostro se había cubierto de un sudor fino, como una capa de aceite. Se daba cuenta del es-

127

fuerzo por explicar lo que allí había sucedido. Pero sólo escuchaba frases agolpándose torpemente, unas sobre otras: -Me molestó que quisiera engañarme, ésa es la verdad, no había sido sincera usted conmigo. Su relato fue formidable... formidable, en verdad... también eso me irritó.

-Oh... ¡formidable! -susurró la anciana con un sarcasmo que no sólo dejaba traslucir su incredulidad, sino también una ligera burla. John continuaba:

-Y después... de nuevo hizo esa pregunta, yo sentí que usted quería burlarse de mí, eso... ésa no es la palabra, usted... -entonces se detuvo. Veía cómo ella ahora se limitaba a observarlo con una mirada paciente y algo triste, como si escuchase mentir a un niño. Y comprendió que nada más podía hacer, que cualquier cosa que dijese carecía de sentido ahora. Sólo tenía que irse, salir de allí.

-Lamento mucho todo esto señor Bland.

-¡Pues es la verdad! -John gritó mientras comenzaba a retroceder en dirección a la puerta. Levantó el brazo señalándola con un dedo:- ¡Y no me importa lo que usted crea..!

-Tiene usted razón -replicó ella, tranquilamente-.

Temo que ya no importa, *es larde ahora.*

Esas palabras lo detuvieron:

-¿Qué quiere decir? -ahora ese hormigueo era un ejército de débiles pinchazos moviéndose en todo su cuerpo. ¿Qué le pasaba?

-Usted mismo me pidió una taza de té. ¿Sabe?, las sales de bario son algo lentas, pero muy efectivas llega-

128

do el momento. Lo he visto. Es necesario que pase un tiempo, claro, pero pasado ese tiempo todo se pondrá rígido muy rápidamente. -John sintió que un horror que no conocía se apoderaba de él.- Robert murió así. Usted sabe, se había convertido en alguien peligroso. Aquello había sido demasiado para él, y así me lo dijo una noche, poco tiempo después -hizo un silencio-. También tomamos té en esa oportunidad, y... aquello demoró poco menos de una hora, por lo que debo decirle que ese efecto en usted es inminente, señor Bland. John miró las tazas de té. La suya estaba vacía. A su lado la otra; intacta. Entonces recordó que ella ni siquiera la había tocado mientras relataba la última historia. Su rostro palideció intensamente, y quedó rígido, como si hubiese dejado de respirar por un momento:

-¿Qué ha hecho...?

-No tiene mucho tiempo para preguntas, señor Bland -dijo ella con una calma que a John lo horrorizó aún más-. Lo único que debe hacer ahora es llamar a un médico. Allí está el teléfono. Por favor... hágalo. Por un momento John pareció no comprender. Después comenzó a girar la cabeza mirando a su alrededor hasta que sus ojos encontraron el teléfono, y se lanzó sobre él. Levantó el auricular. Desde su sillón, una débil sonrisa cruzó el rostro de la señora Greenwold. Y a John se le helaba la sangre:

La línea estaba muda, completamente muerta.

-Ahora sabe por qué no puedo creerle, señor Bland -la calma de la mujer parecía inconmovible

129

¿Sabe?, ayer por la mañana se apersonó aquí un muchacho muy simpático. Pertenecía a la empresa telefónica. Me comunicaban que por un par de días aún no podrían reparar la línea que corresponde a toda esta zona. La tormenta ha dañado un... distribuidor, o algo así. No hay teléfonos. En ninguna casa, me temo. Si usted fuera mi vecino tendría que saberlo. Como verá, lo mío no son sólo conjeturas. ¿Comprende?

Hizo un silencio, y finalmente dijo:

-Nadie pudo haber llamado a su casa esta tarde.

John, aún con el auricular en su mano, permaneció de pie, mirando ese pedazo de plástico hueco e inútil, hasta que comenzó a moverse de una manera extraña. De repente sentía una inmensa necesidad de abalanzarse sobre ella y golpearla:

-¡Maldita sea, pues el teléfono sí funciona en mi casa..!

-¿Oh, de veras..?- una mezcla de burla e incredulidad se dejaba oír en las palabras de la anciana. Pero como si recién en ese momento John las hubiese escuchado, ahora en él resonaron las otras, las anteriores:

Nadie pudo haber llamado a su casa esta tarde.

Esa tarde...

“Papá acaba de llamar..”

Ahora John recobraba la imagen de Anne, hermosa, caminando hacia él sobre la grava: “Papá acaba de llamar... Lo siento, debo ir a Londres” ella había dicho.

Pero en ningún momento él oyó la campanilla del teléfono esa tarde. Y tampoco antes. En esas pocas horas, ahora

130

se daba cuenta, nunca probaron la línea de esa casa. Después ella volvía. Se había cambiado la falda, y llevaba rouge en sus labios. Estaba preciosa esa tarde. ¿Por qué le mentiría Anne sobre esa llamada?

-¿Para qué vino hoy a mi casa, señor Bland? -la señora Greenwold ahora lo miraba fijamente, pero John parecía no escucharla. Unos mechones de pelo oscurecidos por el sudor le caían sobre la frente, y su piel parecía de cera. Sentía que en su cuerpo sí sucedía algo, se daba cuenta. Estaba respirando por la boca. Algo le impedía cerrarla. ¿Qué era? Él había *inventado* esa historia del amante y las llamadas. *Aquello* no podía ser cierto. Cerró los ojos tratando de pensar con claridad. El reloj dio la hora en los fondos de la casa. Un horrible sentimiento de irrealidad se apoderó de él. No podía estar pasándole todo esto. La mujer debía estar jugándole una broma. Eso era, un juego, un juego horrible. Eso lo explicaba todo. Y lo que sentía en su cuerpo sólo era producto del miedo, una reacción normal, eso debía ser... *tenía* que ser. Sintió que sus fuerzas lo abandonaban:

-Vamos, usted no hizo eso, ¿verdad?- dijo casi sin voz. Parecía a punto de romper en llanto. Notó que sus dientes comenzaban a chocarse, y los apretó. Pero aún percibía el temblor en su mentón.

Ella prosiguió, como si hubiese ignorado la pregunta:

-Al principio sólo sentirá un malestar en el estómago, y un hormigueo... algo muy molesto. Después vendrán los temblores. Eso significa que ya ha avanzado

131

sobre el sistema nervioso, y que debe darse prisa. -John cerró los ojos, como si no quisiera oír más- Cuando salga de aquí, y creo que no debe perder más tiempo, tratará de correr hasta su casa y eso será peor porque el veneno se difundirá más rápidamente, pero usted correrá de todos modos porque es su única posibilidad de tomar el teléfono y llamar a una ambulancia. Claro, si el teléfono funciona en su casa... -hizo un breve silencio:

-¿Quién sabe?, quizás sea verdad lo que usted dice, señor Bland, entonces... entonces tal vez tenga una oportunidad de salvarse.

John bajó la cabeza lentamente y se percató de que también sus manos estaban temblando. ¿Desde cuándo le sucedía eso? Parecían fuera de control. Tenía que llegar a su casa. En su casa funcionaba el teléfono, Anne no le mintió. Claro que había existido esa llamada.

-Pero tal vez ya sea tarde, y en algunos días,

cuando llegue la policía, yo seré una vieja medio sorda y algo estúpida por los años, pero que nunca lo vio a usted, ni recibió a persona alguna hoy. Para ellos seré cualquier cosa menos una sospechosa, ¿verdad señor Bland?

La señora Greenwold se incorporó de su sillón, y lentamente se dirigió hacia la puerta. Tomó el picaporte, la abrió, asomó apenas su cabeza hacia afuera, y ni siquiera lo miró cuando dijo:

-¿Lo creyó todo, verdad?
132

FINAL DE UNA NOVELA

En los siguientes diez segundos John quedó inmóvil, observando a la anciana. ¿Qué significaba esa pregunta? Ella, de pie junto a la puerta abierta, sostenía su mirada en perfecto silencio.

-Sí... lo creí todo -respondió él conteniendo la respiración, como si algo estuviese a punto de ocurrir. Pero ella sólo dijo:

-Entonces es hora de que se vaya, ¿no

cree? -su tono era seco y algo impaciente, como si ya no hubiese más que agregar a lodo

aquello. John quedó de pie un instante. Buscaba en el rostro de esa mujer una señal... de

cualquier cosa. Pero no halló ninguna. Com

prendió, finalmente, que ya no podía perder más tiempo allí. Y salió.

A sus espaldas escuchó cerrarse la puerta, y el ruido de un pasador que se corría.

Afuera el silencio era abrumador, como si el mismo aire se hubiese detenido. Pero lo que confundió a John, al principio, fue ver las formas del parque, increíblemente nítidas bajo aquella luz blanca y extraña.

La luna lo iluminaba todo.

Su resplandor dejaba distinguir las rugosidades de los troncos y el brillo del follaje que aún pendía de los árboles. Pero por debajo, entre los últimos rayos que alcanzaban las ramas y los arbustos de aquel lugar, las sombras eran de una oscuridad absoluta.

Comenzó a correr.

Delante de él, veía su propia sombra reptando entre las hojas del sendero mientras atravesaba el parque. En la quietud de la noche, el ruido de la hojarasca bajos los pies y el sonido de su respiración entraban a raudales en sus oídos hasta aturdirlo. Vio las rejas del portón de entrada. Antes de alcanzarlo estuvo a punto de caer y se dio un doloroso golpe contra uno de los pilares. Con un breve gemido, se llevó una mano al hombro. Abrió el portón, y se lanzó hacia el camino. Su figura era lo único que se movía en esa noche.

Aparecía y desaparecía bajo la sombra de los árboles. Sobre su cabeza, las ramas se confundían entre sí, y a través de ellas, inmóvil, la luna parecía perseguirlo.

Los tramos donde penetraba su luz relucían
134

contra las zonas oscuras, cada vez más extensas, que por momentos tragaban el camino, dejándolo con la borrosa idea del lugar por el que había caminado más temprano, ese día. Comenzaba a escuchar los latidos de su corazón, cada vez más fuertes, a la altura de sus sienes. ¿Cuánto faltaba para llegar? Un violento dolor crecía en su pecho a medida que avanzaba, hasta que sintió que algo en él iba a estallar. Se detuvo. No podía respirar. Permaneció quieto un instante, hasta que sintió que el aire volvía a entrar en su cuerpo. Aquello era sólo su agitación. Con la mano en el pecho, se lanzó nuevamente por el sendero, que en ese tramo se hacía más angosto. Ese dolor no demoró en amenazarlo otra vez. Pero John sabía que ya no iba a detenerse. Tenía que seguir corriendo, alcanzar el teléfono... *"Papá acaba de llamar."* No podía faltar mucho para llegar a su casa. Finalmente, detrás de unos matorrales, logró divisarla. Allí estaba su casa. Opaca y silenciosa, cada vez más grande, más cerca. Se abalanzó sobre la puerta y tomó el picaporte. Pero la puerta no cedió. Comenzó a forcejearla, a patearla, y de repente se detuvo. Antes de salir él había cerrado toda la casa. Las llaves... ¿dónde estaban las llaves? En la chaqueta. *La chaqueta había quedado en la casa de aquella mujer.* Un sentimiento de horror lo dejó sin aliento.

Corrió hacia las ventanas, a uno de los costados de la casa. Tenía que haber una forma de entrar. La primera ventana estaba cerrada. Fue hacia la segunda. Entonces sintió aquello.

Era una especie de ardor, una sensación nueva, desconocida.

Después, *algo* que comenzaba a desplazarse

por todo su cuerpo, rápido, invasivo, como si se preparase para atacar. Y *eso* comenzaba a paralizarlo. Sintió que perdía pie, y se apoyó con las dos manos contra la ventana.

Fue en ese momento que lo vio.

Iluminado por la luz de la luna que entraba a través de los cristales, el teléfono permanecía sobre la chimenea. Quieto, indiferente, como todos los objetos que se encontraban en aquel extraño museo de cosas familiares. Quiso romper el vidrio, pero sus brazos no le respondieron. Los miró. Eran sus brazos, pero ya no le obedecían. Intentó mantenerse de pie, hasta que finalmente se dejó caer apoyándose contra el muro. Su cuerpo quedó en una posición extraña, y su rostro mirando hacia el bosque. No intentó moverse. Apenas levantó la mirada, y vio los arces que se mecían al lado de la casa, esa tarde. Ahora eran grises y estaban inmóviles. Ya no soportó el resplandor de aquella noche. Y cerró los ojos, y rogó que todo aquello fuese sólo una novela.